6816

Marino Fallero.

MARINO FALIERO,

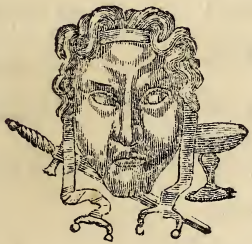
DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS

por

Mr. Casimir Delavigne.

TRADUCIDO

por Don Ventura de la Vega.



MADRID.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/marinofalierodra561dela

PERSONAS.	ACTORES.
ELENA, esposa del dux.	*Sra. Rodriguez.*
MARINO FALIERO, dux.	*Sr. Latorre.*
FERNANDO, su sobrino.	*Sr. Romea.*
LIONI, Patricio, uno de los Diez.	*Sr. Lopez.*
ESTENO, jóven Patricio, uno de los Cuarenta..	*Sr. Romea menor.*
ISRAEL BERTUCCIO, gefe del arsenal.	*Sr. Lombia.*
BERTRAM, escultor.	*Sr. Monreal.*
BENINTENDE, gefe de los Diez. . .	*Sr. Fabiani.*
PIETRO, gondolero.	*Sr. Martinez.*
ESTROZZI, condotiero.	*Sr. Lombia menor.*
VEREZZA, secretario de los Cuarenta.	*Sr. Menendez.*
VICENZO.	*Sr. Boldun.*

Los Diez, la Junta, los Celadores de noche, Gondoleros, Condotieros, Guardias, Nobles, Máscaras.

Venecia. – 1355.

677588

TABLE DES MATIÈRES.

Lue, Dieu, la Justice, les Libertés de l'Église Gallicane, Constitution, Monarchie, Roi, Pape, Pape.

Paris, — 1825.

477588

ACTO PRIMERO.

Habitacion del dux.

ESCENA PRIMERA.

ELENA.

Sentada, bordando una banda.

Una banda de luto, sin mote, sin divisa...! Triste regalo! Pero se la habia ofrecido, y es forzoso acabarla... Despues de mi crímen, al menos ha huido lejos de estas playas, acosado de remordimientos... Allá recibirá este premio del destierro voluntario que se ha impuesto.—(*Levántase, y acércase á la ventana.*) Qué hermoso dia...! y cuán bella se alza Venecia entre el puro azul del cielo y el puro azul del mar...! Él solo no volverá á ver nuestras amadas lagunas...! ah! no hay mas que una sola Venecia! no hay mas que una sola patria...! Fernando! cuántas lágrimas me cuesta tu crímen y el mio! Y de qué sirve el llorar...? de nada: el llanto no borra los crímenes. Mi noble esposo gusta de verme contenta... es forzoso estarlo, forzoso. Voy á leer. (*Siéntase, y toma un libro.*) El Dante... mi poeta! Ah! lo leíamos juntos...! desde entonces no lo he vuelto á abrir! Probemos: quizá sus hermosos versos calmen la zozobra que me atormenta.

"*Por mí se baja á la ciudad doliente;*

Por mí se baja entre el quebranto fiero;
Por mí se baja á la precita gente.
Fundóme Dios con brazo justiciero;
Me edificó el poder de su venganza,
El saber sumo y el amor primero.
Antes crëado fui que otra crëanza,
Sino lo eterno; y yo tambien eterno!
– Ay! dejad, los que entrais, toda esperanza!"

Santo cielo! qué porvenir pretendes revelarme...? Yo tiemblo! Por ventura se dirigen á mí estos versos? hablan conmigo las puertas del infierno, donde la cólera de Dios sepulta al criminal amante y á la adúltera esposa...? – Cielos...! qué veo...! Fernando!

ESCENA II.

ELENA. FERNANDO.

FERNANDO.

Deteneos...! Si huís, será del dux, que viene siguiendo mis pasos: á vuestro lado, Elena, me ha mandado mi tio que le espere.

ELENA.

Vos no me direis nada que yo no deba oir... Bien, Fernando: me quedo.

FERNANDO.

Y qué, apartais de mí esos ojos, que yo he forzado á verme demasiado presto...! No temais: yo abreviaré el suplicio á que los condeno: dentro de pocos dias... de muy pocos, partiré: quereis que os lo jure?

ELENA.

Sería en vano: qué me importa un juramento que luego se ha de quebrantar?

FERNANDO.

Es ese el premio de haber vivido un año entero lejos de vos...?

ELENA.

La ausencia debió ser eterna; pero yo dí el ejemplo, y no tengo seguramente derecho á ecsigir de nadie que guarde sus juramentos!

FERNANDO.

No os acuseis, cuando soy yo solo el perjuro.

ELENA.

Y por qué he de evitarme tan justa reconvencion! La mas cruel de todas es vuestra presencia... y vos no me la evitais. Dónde huir...? Cómo vencerme...? Dónde hallaré fuerzas para comprimir mi corazon, para ahogar sus gritos, para disimular cuando se siente entre los dos ese tio que habeis engañado, ese esposo que yo... Pero no hay remedio: yo forzaré mi semblante á soportar su presencia, á sonreir, á engañar, á fingir inocencia... Ah! será en vano que mienta! Si mi voz, si mi rostro, si mis ojos callan, estos mármoles hablarán.

FERNANDO.

Ah! cuidad, no vayais á perderos! Tambien á mí me atormenta á su lado el mismo remordimiento: yo me contengo por él, que moriria de dolor...! por vos, á quien su muerte arrastraria tambien á la tumba! Si hubiérais visto qué mortal angustia sufrí ha un momento al sentir mi pecho estrechado por su paternal abrazo! Toda mi sangre se cuajó en las venas cuando su mano oprimió este corazon que tanto le ama... y tanto le ha ofendido! Sus lágrimas abrasaban mi frente enrojecida de vergüenza!

ELENA.

Y tan horribles tormentos los sufre por su gusto...! Él se los ha buscado?

FERNANDO.

Para dar treguas, cambiando de suplicio, á otro mas horrible todavía...! No, no es mi amor... no os vayais...! no es mi amor el que me ha arrastrado aquí: yo hubiera triunfado de él! Es la desesperacion, que no han sentido sin duda esos espatriados, cuyo natural frívolo y festivo los convierte en estrangeros en pais estrangero; esa aversion á una tierra que la planta no acierta á hollar; ese vago deseo del lugar que no habitamos; ese recuerdo que consume; esa lenta fiebre que nos hace soñar con el cielo de la ausente patria; esa pausada agonía que nos hace morir por instantes, sin morir jamas; Venecia...!

ELENA.

Ah!

FERNANDO.

Oh tesoro que ningun tesoro puede reemplazar...! Oh patria...! Oh dulce nombre, que el destierro solo enseña á apreciar! Nombre que murmuraba mi voz ahogada entre sollozos cuando Venecia, huyendo á mi vista, desaparecia entre las olas! Perdonad, Elena...! quién puede vivir ausente de ella...? Yo he visto los trémulos rayos de luz que el sol refleja en su golfo; yo he paseado su márgen encantadora; yo he respirado su ambiente puro...! y el cielo de otros paises no es el cielo para mí. En el frio clima de Alemania, cuán tristemente se aplanaban sobre mi cabeza las negras nubes de su tormentoso cielo! cuál me angustiaba el sol, semejante á un lívido cadáver! Sus mas serenos dias no son tan hermosos como las mas sombrías noches de Venecia! Ah! venid, esclamaba yo, soplad en torno mio, vientos del Adriático! Cedí al deseo! sentí su fresca brisa agitar mis cabellos...! Oh! qué aire tan puro henchía mi pecho...! yo reía y lloraba á un

tiempo; divisé á Palestrina y á San Márcos... los llamé, y ambos se iban acercando á mi voz! Mis sentidos encantados contemplaban en el mayor delirio el esplendor del dia, el murmullo de las olas, las fiestas, la algazara del puerto, el canto de los gondoleros...! Ah! grillos, cadenas quiero en Venecia! un calabozo en los plomos...! un sepulcro en nuestros arenales, mejor que un trono en estraño pais...! un sepulcro que tal vez sea testigo de vuestro dolor, y hollado por vuestros pies, y bañado con vuestro llanto!

ELENA.

Ojalá que el vuestro bañase ya mis cenizas! En fin, no soy yo... me habeis consolado...! no soy yo quien os vuelve á la patria! no ha sido ese fatal amor! Los lazos criminales debe romperlos siempre un noble corazon: no es cierto, Fernando? Venecia es ya vuestro único amor... pues bien, gozarlo, y yo á mi vez huiré de Venecia!

FERNANDO.

Vos, Elena...?

ELENA.

Cualquier pais es bueno para llorar...! mi felicidad se cifra ya en no tener que ocultar mis lágrimas. Hay mayor suplicio que verse obligada, con la muerte en el corazon, á adornarse, á ahogar el dolor, á reprimir el llanto, para ir á animar un baile con forzada alegría...! Y gracias, si en esas noches de delirio bacanal lograba, á favor de la máscara, dar descanso á mi rostro y libertad á mis lágrimas!

FERNANDO.

Y me lamentaba yo...!

ELENA.

Aun fue mayor mi suplicio: yo he tenido en los

brazos á mi esposo moribundo: he velado dia y noche á la cabecera de su lecho; y cuando un sueño convulsivo cerraba sus párpados, se me figuraba que un aviso del otro mundo, un ensueño... qué sé yo...! Dios mismo le denunciaba mi crímen en su hora postrera...! y en cada uno de sus ahogados acentos que se lanzaban de su fatigoso pecho, me parecia oir mi sentencia...! Y cómo podré pintaros la angustia, el terror que sentia cuando pasaba mi mano por sus helados labios, buscando su aliento, y no lo encontraba...! Culpable he sido, Dios mio; pero bien me has castigado...! Aquella noche en que silencioso y desvelado se incorporó de repente, inclinó sobre mí su venerable cabeza, y me bendijo con su descarnado brazo! Aquella noche... me habló de vos...!

FERNANDO.

De mí!

ELENA.

Noche de venganza...! noche horrible...! Y sin embargo, os cumplí mi promesa: guardé el secreto aun al pie de los altares. En la oscuridad de la noche, llevaba yo misma las ofrendas al fondo de las basílicas, y cuando salia, apresuraba el paso estremecida al pasar por delante del tribunal de la penitencia!

FERNANDO.

Pero Dios escuchó vuestra súplica.

ELENA.

La de los nobles, la del pueblo, la de Venecia toda que le pedia su vida...! y la mia tambien! pero vos...! vos habeis olvidado la que os hice al partir.

FERNANDO.

Si os doy ocasion de repetírmela, será por última vez: voy á partir. Los genoveses vuelven á surcar el

Adriático; Venecia me llama segunda vez, y me convida con una muerte gloriosa. Sereis satisfecha, Elena: he vuelto á mi patria para morir.

ELENA.

Para morir!

FERNANDO.

Este corazon que van á desgarrar los aceros enemigos, ha palpitado en mi seno de esperanza... y palpita de amor...! á qué contener este último grito que la muerte ha de castigar? Yo os engañaba, Elena! Sois vos, y no la patria, vos quien ecsalta mi alma; vos, vos á quien yo buscaba en este delicioso clima, en estas márgenes felices, que no son para mí nada sin vos! Era vuestra memoria la que me devoraba: el deseo de contar mis penas á los mismos sitios en que vos sufris; el ánsia de respirar un solo dia el aire que vos respirais; de recorrer el Lido, ir á sentarme en aquel lugar donde las olas han borrado ya la huella de nuestros pasos, ver estos recintos llenos de nuestro amor, ese balcon desde donde me dirigísteis el último á Dios...!

ELENA.

Por compasion...!

FERNANDO.

No temais: la ausencia será esta vez eterna: del destierro se puede volver; pero la tumba se cierra para siempre. Voy á partir; y moriré con el desconsuelo de que mi recuerdo no ha de vivir en vos! Aquella memoria que me ofrecísteis... que en vano he reclamado... aquella banda... Oh Dios...! qué veo...! esta es...! aqui está...! ya es mia...! Ah! tú pensabas en mí! está humedecida por tus lágrimas... y estas lágrimas son verdaderas...! Tú tambien me engañabas; nuestro deseo era uno mismo...! Ah! ya puedo morir: tú me has llorado: tú me amas!

ELENA.

Fernando! (*Queriendo recobrar la banda.*)

FERNANDO.

Esta prenda no se apartará jamas de mí: es mi tesoro, es mi vida...! Por qué quieres quitármela...? no la usaré mucho tiempo; su mismo color lo está presagiando. Tú la recibirás de manos de otro; la recibirás bañada en mi sangre, desgarrada como mi corazon, que ansioso de vengar tus remordimientos, habrá dejado de ecsistir, para poder dejar de adorarte.

ELENA.

Gente viene!

FERNANDO.

Disimulad un dia... un solo dia... (*Ocultando la banda en su seno.*) por compasion de los tres!

ELENA.

Es forzoso...! Dios mio! cómo soportar su presencia...!

FERNANDO.

Qué nube envuelve su semblante!

ESCENA III.

DICHOS. FALIERO.

FALIERO.

Todos mis derechos invadidos! (*Meditabundo.*) mi poder despreciado! cuántas han sido mis humillaciones, y cuánta la osadía de esos nobles...! Pero de todos los insultos, este último ha colmado la medida de mi sufrimiento!

ELENA.

Qué oigo?

FERNANDO.

Qué dice?

FALIERO.

Querida Elena, perdona...! (*Reparando en ellos.*) Fernando, hijos mios, en qué soledad tan triste viviria sin vosotros! (*A Fernando.*) Te quedarás aqui: no es cierto?

FERNANDO.

Vuestra alteza olvida....

FALIERO.

Llámame tu padre...

FERNANDO.

que el estado reclama mis servicios: quién podrá preveer cuál será mi suerte!

FALIERO.

Quién...? Yo. Tú volverás, Fernando: la muerte respeta al valor mas de lo que piensas. Ya me ves á mí: yo me he hallado en cien combates, en cien victorias, bajo el fanal de Génova, en las murallas de Pisa... y ya ves, tengo ochenta años! Tú volverás. Ah! este cetro, Fernando...! este cetro tan envidiado, consume mas reyes que la guerra.

FERNANDO.

Olvidad vuestras penas.

FALIERO.

Las olvidaré cuando llegue el fin de mi vida, que espero en vano hace tanto tiempo. Tú llevas en silencio una parte de la cadena que arrastro. Pobre Elena! perdóname: cuando pedí tu mano á mi antiguo amigo, creí que estaria mas cercana mi última hora. Yo decia para mí: la haré pasar un mal dia; pero al siguiente le dejo mi nombre, mi opulencia, mi sagrado título...! Dios lo ha dispuesto de otro modo: cúmplase su voluntad.

ELENA.

Y prolongue vuestra vida, como acaba de conservarla.

FALIERO.

Por tu esmero, por tus cuidados...! Sin ellos, ya me hubiera muerto, y tú serias libre. Con qué cariño inclinaba su rostro sobre el mio! (*A Fernando.*) Ah! si tú la hubieras visto! ángel consolador! hubiera dado su vida por rescatar la mia!

FERNANDO.

Ambos la hubiéramos dado.

ELENA.

Sí...! sin vacilar!

FALIERO.

Hijos mios! aunque tardía, recibireis la recompensa. Vivid felices, y acordaos de este pobre viejo.

ELENA.

Oh Dios...! qué decis...?

FALIERO.

No quiero afligirte, Elena: anda, sal, procura distraerte: quiero confiar mis penas á Fernando: tú ya las sabes; y el aspecto del cielo puro y sereno dilatará tu corazon.

ELENA.

Permitid...

FALIERO.

Sal en mi góndola; y para librarte del ardor del sol, ponte una máscara ligera. Anda, hija mia.

ELENA.

Qué bondad! (*Vase.*)

ESCENA IV.

FALIERO. FERNANDO.

FALIERO.

Y se atreven á ultrajarla!

FERNANDO.

A Elena?

FALIERO.

A mí, á mí.

FERNANDO.

A vos?

FALIERO.

Escucha, y ayúdame á llevar un peso que yo solo no puedo soportar. Han insultado mi nombre, nuestro nombre...! uno de esos á quienes nuestras leyes dan asiento á los veinte años, con toda la petulancia de la juventud, en el banco de los Cuarenta. Leyes sábias!

FERNANDO.

Qué ha hecho?

FALIERO.

Cómo decirlo! Irritado contra mi esposa, por haber recibido de ella un desaire público, pero merecido, una noche de fiesta en mi palacio, el insolente tuvo la audacia de escribir en mi trono... yo lo leí, y Elena, y todo el mundo...! estas palabras: *La esposa del dux...* no las tengo presentes...! pero manchaban mi honor y el honor de Elena!

FERNANDO.

Cobarde! y quién es...?

FALIERO.

Busca entre la juventud quién es el que mas profana sus diez siglos de nobleza, quién es el que mas des-

honra á sus abuelos! Un calavera, un ente nulo, que por un capricho de la suerte nació libre... pero en vano, porque encierra una alma servil! Valiente, segun dicen; valiente, como otros mil que cuentan por primera hazaña un duelo afortunado... y qué veneciano no es valiente...! En fin, un Esteno.

FERNANDO.

Miguel Esteno!

FALIERO.

Aunque débil por la edad, créeme, no hubiera dejado impune la afrenta. Cerca de San Juan y San Pablo hay un sitio solitario donde mi espada le hubiera dado una leccion...

FERNANDO.

Y vive!

FALIERO.

Sin permiso de los nobles no puedo esponer mi vida. Privilegio admirable! Vive, gracias á mi dignidad. — Dónde vas?

FERNANDO.

A vengaros.

FALIERO.

Bien! esa indignacion te honra...! Bien! Hé aqui un Faliero! me reconozco en él...! mi propio ardor! yo mismo! — Pero la afrenta fue pública, y el castigo debe serlo tambien. Quizá los Cuarenta lo habrán ya sentenciado.

FERNANDO.

Cómo! ese tribunal, de que él hace parte...

FALIERO.

Ya ves como Venecia es justa, y á todos respeta sus derechos. Mi demanda fue entregada á los abogadores; pero cómo! atentar á los derechos de uno de los Cuarenta! imposible! qué crímen! Pero el ultraje ha

sido al dux! no importa: Esteno será juzgado por sus pares.

FERNANDO.

Y si lo absuelven?

FALIERO.

Cómo...! absolverlo...! á ese traidor...! Sí; traidor á su juramento, á Venecia, á su príncipe! Absolverlo! qué has dicho? serian capaces...? Sabes tú que necesito verlo de rodillas á mis plantas? sabes tú que el hacha del verdugo me parece demasiado lenta para cortar esa insolente cabeza?

FERNANDO.

Oh infamia!

FALIERO.

A tí, único heredero de mi nombre, mi sobrino, mi hijo...! á tí quiero descubrirme todo entero, y que sepas una debilidad de mi alma. La infamia del hecho es lo que menos me inquieta: una sospecha se ha despertado en mi pecho, produciéndome un género de tormento que hasta ahora no habia sentido! Me avergüenzo de mí mismo... y temo sondear la herida. Adivínalo tú, por piedad...! adivina tú lo que un soldado á mi edad no se atreveria á confiar ni aun á tí mismo! Elena...! podrá ser... que lo que alli escribieron... En vano busco la sonrisa en sus labios... Por qué baja los ojos delante de mí...? por qué huye de las fiestas? Insensato! todo ya me hace sospechar; lo presente, lo pasado...! De noche, fijando mis ojos en ella, interpreto hasta las lágrimas y voces insignificantes que le arranca un ensueño; y en mi delirio, he llegado á figurarme que sus labios pronunciaban un nombre!

FERNANDO.

Gran Dios!

FALIERO.

Ah! no me hagas caso: la injurio sin razon. Un

Esteno habia de ser...! imposible! jamas! Su alma es inocente y pura! Nunca descenderá á la tierra una virtud comparable á la suya! Nada he sospechado, nada he dicho, olvídalo, no me creas! Y ese Esteno, ese impostor infame ha sembrado tal desconfianza en mi alma! la ha destrozado! la ha abatido...! Absolverlo, dices...! Ah! su muerte será corto castigo...! Para satisfacer mi venganza, aun no serian bastantes cien vidas, con su sangre toda, su postrer suspiro, y sus últimos tormentos! (*Cae sobre un sillon.*) Hombre débil! qué ciego delirio te arrebata? Cuando en Zara supe la muerte de mi hermano, ahogué mi dolor, y dí el combate. Tendré, siendo príncipe, menos imperio sobre mí que tuve siendo soldado?—Pensemos en Venecia: voy á dictarte: siéntate. (*Siéntase Fernando á la mesa.*) "El dux, á los florentinos." Escribe.

FERNANDO.

Mi mano tiembla!

FALIERO.

Vaya, ten serenidad. — (*Cavilando.*) Ya estaban recogiendo los votos... cómo tardan!

FERNANDO.

Continuad.

FALIERO.

Qué iba diciendo á los genoveses?

FERNANDO.

No señor: vuestra alteza escribia al senado de Florencia.

FALIERO.

Ah! en vano quiero afectar serenidad! no puedo: la inquietud me devora! Pero ya vienen: respiro!

ESCENA V.

DICHOS. EL SECRETARIO DE LOS CUARENTA.

SECRETARIO.

El tribunal ofrece su respeto á los pies de vuestra alteza.

FALIERO.

Su respeto es profundo: juzguemos de su sabiduría. Y la sentencia? dádmela.

SECRETARIO.

Esta es.

FERNANDO.

Temblais! (*A su tio.*)

FALIERO.

Quién...? no. Yo...! no... por qué...?—Lee tú; mi vista se anubla; lee.

FERNANDO.

(*Leyendo.*) "El tribunal decreta por unanimidad que Miguel Esteno, convencido de..."

FALIERO.

Adelante: ya conozco su crímen. El castigo!

FERNANDO.

"Un mes de prision en las cárceles de estado."

FALIERO.

Adelante.

FERNANDO.

No hay mas.

FALIERO.

Un mes! (*Con frialdad.*)

FERNANDO.

Por tan infame atentado!

SECRETARIO.

El tribunal aguarda la firma de vuestra alteza. (*Al dux.*)

FERNANDO.

Y vos... (*Al dux, que se acerca á la mesa.*)

FALIERO.

Es mi deber.

FERNANDO.

Aprobar esa injuria!

FALIERO.

Un mes...! (*Cáesele la pluma de la mano.*) Gran Dios...! (*Al secretario, dándole el papel.*) Dejadnos.

SECRETARIO.

La sentencia no está firmada.

FALIERO.

No...? pues creí... (*Firma rápidamente, y se la entrega.*) Marchad.

ESCENA VI.

FALIERO. FERNANDO.

FERNANDO.

Y con tanta calma sancionais esa impunidad?

FALIERO.

Ya lo ves. (*Sonriéndose.*)

FERNANDO.

Esa sonrisa está pidiendo venganza!

FALIERO.

Pues qué! nuestros nobles no han satisfecho ya plenamente mi injuria...? Ah! esa ridícula sentencia envuelve una amarga ironía! Esta noche, en casa de uno de los Diez, donde estoy convidado, el vencedor de Zara los verá felicitarle con aire burlon...! Ah! yo

haré que caiga sobre ellos una sentencia popular! Pues qué! ha de haber justicia para todos, menos para el soberano...? Es esa la igualdad? Mañana, los gondoleros en el puerto añadirán á sus cantos una octava para celebrar mi última victoria. Bien! yo me rio como ellos!

FERNANDO.

Esa risa amarga me estremece, señor!

FALIERO.

Dónde estan los sarracenos, que quiero rendirles homenage! (*Levantándose con violencia.*) Arrodillado ante el altar de San Márcos con este mismo brazo que los venció, les juraré obediencia de vasallo!

FERNANDO.

Qué decis, señor?

FALIERO.

Que no pudieran las galeras de Génova romper las cadenas del puerto...! Llegad! herid á Venecia en sus infames nobles...! Venid! Que coloque yo en el dedo de un genovés vencedor este anillo irrisorio, este emblema impostor de una dignidad ultrajada!

FERNANDO.

Y el dux de Venecia puede hablar asi?

FALIERO.

Yo dux...! lo soy acaso...? Yo! el último de todos ellos...! Yo! príncipe en tutela, á quien la ley desprecia y niega su amparo!

FERNANDO.

Aun estaba levantada su espada, cuando os ofrecí la mia: os la vuelvo á ofrecer.

FALIERO.

Aguarda!

FERNANDO.

Harto habeis sufrido! Castigad.

FALIERO.

Y cómo ?

FERNANDO.

Yo os lo diré á mi vuelta.

FALIERO.

Qué has de hacer tú solo?

FERNANDO.

Lo que puede hacer un hombre contra otro.

FALIERO.

Y contra todos?

FERNANDO.

Mas bajo...! la cólera os ciega.

FALIERO.

No ! tu brazo basta para uno de ellos; pero si todos son culpables, de qué me sirve que uno solo muera? Vengarme á medias es no vengarme. Ese miserable ofensor obró fiado en la impunidad... y en fin, no ultrajó mas que á mí... Pero esa vil sentencia ultraja todo lo mas sagrado: la dignidad de un santo tribunal, á quien desacredita y condena al desprecio ; la ley, á quien hace mentir; el trono, que profana. Ah ! si yo alzara la voz, cuántos me seguirian...! Esos nobles, para llegar á atreverse á mi persona, han ensayado largo tiempo en los débiles su tiránico poder, y de víctima en víctima han subido hasta mí. Un pueblo entero gime... Dux! no es á tí, es á él á quien defiendes! al estado, á la ley, á un pueblo entre cadenas, á Venecia entera, que grita: véngame...! Dios te llama á salvar la patria !

FERNANDO.

Señor! En nombre del cielo...

FALIERO.

Maldicion sobre mi nombre, sino la doy venganza de sus opresores ! Por qué medios... ? No sé. La

guerra le ha costado ya tantas lágrimas! Mejor será para romper sus hierros... No: mas valdria... Yo tengo en mi mano... Ah! me confundo! Todo lo veo cercado de tinieblas. Mil planes oscuros, mil imágenes horribles se agolpan en tropel á mi imaginacion...! Pero un proyecto me domina... un proyecto tremendo que saldrá victorioso del caos de mi pecho para devorarlos á todos entre torrentes de sangre!

FERNANDO.

Ah! qué proyectais...? Temed...

FALIERO.

Tú me escuchabas...! Yo he revelado...! qué he dicho? Ah! ya has visto el delirio en que me hallaba: ha sido un sueño, y nada mas. Lo que acabas de oir, es necesario...

FERNANDO.

Qué?

FALIERO.

Olvidarlo... ó no haberlo comprendido. – (*A Vicenzo, que sale.*) Qué hay?

ESCENA VII.

DICHOS. VICENZO.

VICENZO.

Señor, uno que pide audiencia, y quiere...

FALIERO.

Aunque sea un patricio, que no: si está ofendido, que se dirija á los Cuarenta.

VICENZO.

No creo que sea asunto de estado. Es un hombre del pueblo, segun parece; un patron de galeras.

FALIERO.

Ah...! mi deber es escuchar al pueblo... El pueblo merece que se le escuche: él es quien sirve al estado.—Andad: decidle que entre. (*Vase Vicenzo.*) Viene á implorar mi favor... será algun descontento; es preciso sondearlo, y juzgar por sus palabras...

FERNANDO.

Me retiro, señor?

FALIERO.

Sí, déjanos. Escucha! No busques á Esteno; su cabeza es mia: te lo prohibo. (*Vase Fernando.*) Este hombre tendrá muchos amigos, y con ellos... En fin, oigámosle: nada se pierde. Ahí está.

ESCENA VIII.

FALIERO. ISRAEL BERTUCCIO.

FALIERO.

Qué quereis?

ISRAEL.

Justicia!

FALIERO.

Palabra vana! El momento no es favorable para obtenerla.

ISRAEL.

Siempre debe serlo.

FALIERO.

Teneis algun apoyo?

ISRAEL.

Tengo. En primer lugar, mi derecho; en segundo, el dux.

FALIERO.

El primero será despreciado: el segundo... acaba de serlo. Tu nombre?

ISRAEL.

No es noble; y ya es una falta.

FALIERO.

Tal vez!

ISRAEL.

Israel Bertuccio.

FALIERO.

Me es desconocido.

ISRAEL.

Si fuera noble, hubiera llegado á los oidos de mi príncipe.

FALIERO.

Pues qué, habeis servido?

ISRAEL.

En mas de un combate.

FALIERO.

En mar?

ISRAEL.

Y en tierra.

FALIERO.

Como valiente?

ISRAEL.

Como soldado de Venecia.

FALIERO.

Con qué generales?

ISRAEL.

Con uno solo, que vale por todos.

FALIERO.

Demasiado lo elogiais!

ISRAEL.

No tal.

FALIERO.

Pues quién es ese?

ISRAEL.

Vos.

FALIERO.

Israel...! Sí, ya me acuerdo: es cierto. Valiente Israel, tú serviste con gloria; tú peleaste á mis órdenes.

ISRAEL.

Pero en mejores tiempos: entonces venciamos!

FALIERO.

En Zara! (*Con gozo.*)

ISRAEL.

Y en todas partes: mandabais vos!

FALIERO.

Vaya, dime qué quieres: cuéntale tus penas á tu general: habla, mi antiguo camarada!

ISRAEL.

Pues bien, yo me vengo á quejar... Insultarme á mí...! me han insultado, señor...! Voto á los santos del cielo...! Israel sin venganza, y reducido á quejarse...! Perdon, mi general; no puedo contenerme: tengo disculpa, porque estoy afrentado.

FALIERO.

Sí, yo te disculpo: recordar una afrenta es sufrirla dos veces.

ISRAEL.

Dos veces...! sufrir dos veces semejante afrenta! Maldito sea el dia en que vuestro antecesor, por premio de mis servicios, me hizo patron del puerto y gefe del arsenal!

FALIERO.

Fue justicia!

ISRAEL.

Y á no ser por esa justicia, vendria yo ahora á contaros mi deshonra? Señor, yo estaba encargado por el consejo de dirigir los trabajos del arsenal... Estoy temblando de furor...!

FALIERO.

Prosigue.

ISRAEL.

Yo estaba en mi puerto, cuando llegó un noble y quiso ocupar algunos de mis obreros: se negaron, y los maltrató á mi vista: corrí á defenderlos; todos son mis amigos, son libres, por San Márcos...! gente de valor, gente útil! Debo yo, por los caprichos de un noble, privarme de un solo brazo ocupado en reparar las galeras del estado? Es justo? Sentenciad.

FALIERO.

No, ciertamente.

ISRAEL.

Pues me dió un golpe. Y si fuera con el acero!

FALIERO.

Pero vives...

ISRAEL.

Sin honor...! el acero mata, pero la mano deshonra! Un bofeton...! La sola palabra hace agolpar á mis megillas toda la sangre que la patria me ha dejado. Aqui está escrita la afrenta por la mano de un noble... su anillo ha impreso en mi cara un sello de infamia...! Muestra ahora, muestra tus cicatrices... Israel! ya tienes una mas que enseñar!

FALIERO.

Y al recibir esa afrenta...

ISRAEL.

Me quedé inmóvil: yo respeto á mis gefes. Facil me fuera comprar su muerte á un puñal mercenario; pero

he dicho: soy libre, y me tratan como esclavo; mi antiguo general conocerá mis derechos, y me hará justicia: me la hareis!

FALIERO.

No me la hacen á mí: cómo he de hacerla yo?

ISRAEL.

Que no os la hacen á vos? y por qué no os la tomais? Si yo fuera dux...

FALIERO.

Qué?

ISRAEL.

Yo...

FALIERO.

Te vengarias?

ISRAEL.

Mañana mismo.

FALIERO.

Puedes hacerlo?

ISRAEL.

No...; pero podria si fuera dux.

FALIERO.

Acércate, y habla sin misterio.

ISRAEL.

Siempre se aventura con hablar lo que se gana callando.

FALIERO.

Sabes que una palabra mia puede dar la muerte, y la temes.

ISRAEL.

Lo sé; pero no la temo.

FALIERO.

Por qué?

ISRAEL.

Porque un recíproco interes nos une: yo tengo que

vengar mi causa, y vos teneis que vengar la vuestra.

FALIERO.

Segun eso ecsiste algun plan...? De parte de quién vienes?

ISRAEL.

De la mia.—En una palabra, para sostener nuestros mútuos derechos, quereis que los unamos?

FALIERO.

Quiero yo interrogarte antes de responderte.

ISRAEL.

Y quién va á interrogarme, vos, ó el dux?

FALIERO.

Yo. Aqui no hay dux.

ISRAEL.

Eso es diferente: hablemos.

FALIERO.

Habla tú.

ISRAEL.

Pues señor, si el pueblo murmura del yugo con que lo oprimen y de los males que sufre, tengo yo la culpa?

FALIERO.

Con que conoce sus derechos?

ISRAEL.

Si á alguno se le antojára pagar al ejército las dos mesadas que se le deben, y ganarse por este medio el brazo mercenario de los condotieros, podria yo impedirlo?

FALIERO.

Con que teneis dinero?

ISRAEL.

Si algunos verdaderos republicanos, que aun los hay, soldados antiguos, de vuestro tiempo, y que se ven despreciados, tratasen de derribar á sus tiranos, soy yo acaso algun patricio para ir á delatarlos?

FALIERO.

Acaba.

ISRAEL.

Todo está dicho.

FALIERO.

Esas no son mas que congeturas. Lo esencial; tu proyecto, tus amigos, tus cómplices?

ISRAEL.

Mi proyecto...? Es el vuestro.

FALIERO.

Tengo yo, acaso, alguno?

ISRAEL.

Mis medios... Mi valor, y este acero.

FALIERO.

Y tus cúmplices...? sus nombres?

ISRAEL.

No tengo ningun cómplice.

FALIERO.

Cómo...! ninguno?

ISRAEL.

Se buscan cómplices para hacer justicia?

FALIERO.

Bien: tus amigos.

ISRAEL.

Cuando vos lo seais de ellos.

FALIERO.

Quién! yo...

ISRAEL.

Os negais?

FALIERO.

Yo medito con calma, y obro con energía. Puedo acaso decidirme antes de enterarme de todo?—Pero el senado mé aguarda: si esta entrevista se alargase podria comprometer nuestro secreto.

ISRAEL.

Volver á veros en palacio podria esponer mi vida. El señor Lioni os ha convidado á su baile: yo tambien iré.

FALIERO.

Te recibe?

ISRAEL.

Le salvé la vida: hice mal; es uno mas!

FALIERO.

Tan afable en sus palabras, como cruel en sus obras! tan festivo de ingenio, como duro de alma! con el mismo semblante asiste al baile que al tormento: tan suspicaz como vano: y sobre todo ardiendo en vivos deseos de popularidad! Por eso te recibe

ISRAEL.

Le divierte mi lenguaje tosco y altanero, como de buen marino; y estoy seguro de que nada sospecharia de mí aun cuando hallase mi nombre en la boca de bronce.

FALIERO.

Pero si llegara á sospechar prepararia el tormento.

ISRAEL.

Y yo lo soportaria con el mismo semblante que él lo da.

FALIERO.

Me seduces, Israel!

ISRAEL.

Dadme vuestras órdenes, mi general.

FALIERO.

Y he de ir á esponerme á sus miradas en un baile! á admitir yo mismo sus desprecios! á buscar á mis enemigos...?

ISRAEL.

No: á contar vuestras víctimas.

FALIERO.

Aun no he resuelto nada. (*Con viveza.*)

ISRAEL.

Quereis volverme á ver?

FALIERO.

Otro dia.

ISRAEL.

Jamas. (*Yéndose.*)

FALIERO.

Aguarda.

ISRAEL.

Esta noche.

FALIERO.

Esta noche. (*Despues de una pausa.*)

ACTO SEGUNDO.

El palacio de Lioni. Suntuoso salon: galería al fondo: una mesa con juego de ajedrez.

ESCENA PRIMERA.

LIONI. VEREZZA. DOS DEPENDIENTES DEL CONSEJO DE LOS DIEZ. CRIADOS, arreglando el salon con adornos de baile. *BERTRAM*, retirado en el fondo.

LIONI.

Ya teneis en vuestro poder la sentencia de Estęno: ejecutadla, pero usando de la mayor indulgencia. (*A Verezza, en voz baja.*) El estado debe cartigarlo como se castiga á un noble. Muchas consideraciones: mucho respeto.

VEREZZA.

El señor Lioni me habla en nombre de los Diez?

LIONI.

Puede acaso ninguno de sus miembros hablar sino en su nombre? Aqui teneis la orden escrita.—(*Llevándole aparte.*) Esta que os voy á dar es verbal. Sentencia secreta contra el preso encerrado en el calabozo de los plomos: esta noche, una góndola, un sacerdote; al canal de Orsano. Marchad.—(*A los criados.*) Ramilletes de flores por todas partes: multitud de lámparas y arañas que despidan torrentes de luz; y que se mezcle al sonido de la música el perfume de las rosas de Bi-

zancio.—(*A Bertram.*) Acercaos, Bertram.—(*A los criados.*) Dejadnos.

ESCENA II.

LIONI. BERTRAM.

LIONI.

Las lágrimas de tu madre han desarmado hoy mi justo enojo: no he podido olvidar que me he criado á los mismos pechos que tú.

BERTRAM.

Señor...!

LIONI.

Desgraciado! qué fanático orgullo, ó qué genio enemigo te inspiró la manía de censurar á los grandes?

BERTRAM.

Son la causa de todos mis males.

LIONI.

Bertram, á no ser por mi proteccion hubieras ido á parar hoy mismo al puente de los Suspiros, y mañana nadie se acordaria de tí.

BERTRAM.

Me dejais parado. Cómo...! al puente de los Suspiros...?

LIONI.

Procura ser hábil artista, escultor sin rival; pero piensa solo en tus obras, y cuando quieras criticar, critica á tus rivales: ese privilegio lo concede el estado á las bellas artes, y tú lo tienes; pero si tocas mas arriba cometerás sacrilegio.

BERTRAM.

Ese solo se comete contra Dios.

LIONI.

Y no conoces que aquellos que lo pueden todo son los dioses de la tierra?—Mira, en Rialto te aprecian; en el pueblo te respetan: cuéntales que yo te he salvado: lo dirás?

BERTRAM.

Sin duda: Dios nos manda publicar el bien que nos hacen.

LIONI.

Y olvidar el mal; pero tú y los tuyos os dejais llevar de las palabras de esos prelados fanáticos de Roma, siempre envidiosos del poder que no tienen, que os prometen el cielo á vosotros, y á nosotros nos le cierran.

BERTRAM.

No á vos, sino á aquellos que Dios debe maldecir.

LIONI.

Bertram! tú te crees santo, y temes el martirio: mira que el tormento...

BERTRAM.

Piedad, señor...!

LIONI.

De los grandes, has de hablar de rodillas.

BERTRAM.

Yo os esceptúo á vos del odio con que los miro.

LIONI.

Pero de qué los acusas?

BERTRAM.

De mi miseria.

LIONI.

Ten paciencia: trabaja, y vivirás.

BERTRAM.

Todo se queda en promesas. El marfil y el ébano no tienen precio para ellos mientras lo ven animarse

en mis manos; pero asi que mi obra pasa á su poder, me muero de hambre, esperando en vano la paga.

LIONI.

No hay dinero para atender á todo. Yo les hablaré. Pero dime, tú que eres artista de gusto, qué mármoles, qué cuadros pueden compararse á los mios? Mira estos adornos: qué te parecen?

BERTRAM.

Admirables!

LIONI.

Escucha: yo soy apasionado á las artes, y me intereso por tí. (*En voz baja.*) El consejo de los Diez, con el fin de saberlo todo, tiene agentes secretos á quienes paga con profusion: tú podrias sernos útil en ese oficio: mas de un noble se honra con él.

BERTRAM.

Pues yo prefiero...

LIONI.

Qué?

BERTRAM.

Morirme de hambre, señor!

LIONI.

Insensato!

BERTRAM.

Pero contad con mi agradecimiento.

LIONI.

Qué medios tienes de manifestármelo?

BERTRAM.

El último puede algun dia llegar á ser primero.

LIONI.

Cómo?

BERTRAM.

Dios nos lo ha dicho asi.

LIONI.

No pierdas de vista que entre todas las virtudes cristianas, la humildad es la mas necesaria aqui; y no es esa tu virtud favorita. – Esteno aqui... Déjame.

ESCENA III.

LIONI. BERTRAM. ESTENO.

Esteno sale con dominó abierto, que descubre un elegente vestido: lleva la careta en la mano.

ESTENO.

Oh...! salud y gloria. Fidias de nuestros dias! (*A Bertram.*) Ya he recibido tu obra, y no te la puedo pagar por ahora; pero un mes de prision va á proporcionarme economías: pronto te pagaré.

BERTRAM.

Mas pronto que tú piensas. (*Aparte, saludando.*)

ESCENA IV.

LIONI. ESTENO.

LIONI.

Cómo es esto...? Esteno, vos en mi casa!

ESTENO.

Buen recibimiento me haceis!

LIONI.

Sentenciado esta mañana, y en un baile esta noche!

ESTENO.

Bien: dia completo. Quiero despedirme de los amigos, y mañana me encerraré. No concedereis á vuestro preso este dia...? es el último.

LIONI.

El dux debe venir; la duquesa tambien, y...

ESTENO.

Su hermosura vale mas que su título! Ah! si yo pudiera escoger prision...! La de sus brazos me agradaria mas que la que me impone su marido.

LIONI.

Vamos; es preciso no llevar adelante esa niñería: este encierro es por vuestro bien.

ESTENO.

Agradecidísimo á tan paternal clemencia! Enterrarme vivo en un sepulcro! y por qué? por cuatro palabras que tuve la ligereza de escribir... Pero el dux irritado, zeloso como un turco, nos prueba que el himeneo en la vejez convierte en chiquillo al guerrero mas ceñido de laureles. Ademas, él es aqui el ídolo que veneramos, para pagarle en honores lo que se le quita en poder.

LIONI.

Pues bien; guardaos, Esteno, de faltar á esos honores. En su persona nos hacemos respetar nosotros. A ese timon del estado, cuyas riendas gobernamos, esforzoso besarle las manos al tiempo que se le atan. Asi, pues, por esta noche... lo siento mucho, pero...

ESTENO.

Este disfraz os responde del secreto. No, no me priveis del delicioso placer de alternar, sin que él lo sospeche, con el augusto personage; de caracolear al rededor de la duquesa, y vengarme con mirarla! Quiero seguir sus pasos, leer en sus ojos, verlo todo sin ser visto, oirlo todo en silencio; en fin, ser una imágen en miniatura de vuestro poder invisible.

LIONI.

La prudencia, Esteno, no es vuestra primer cualidad.

ESTENO.

Quién ha de conocerme con este dominó? con esta careta...? mirad: negra como la capa de vuestros dependientes.

LIONI.

Seamos los primeros á respetar lo que queremos que se respete, Esteno!

ESTENO.

Ya no me burlo de nada... ni aun de los maridos: caro me cuesta. Se ha decretado que es crímen de lesa magestad.

LIONI.

Incorregible!

ESTENO.

No tal: todo lo tomais por donde quema! Vaya, disimulad este último suspiro de mi moribunda libertad. Cómo quereis que no se ecsale contra un viejo ridículo que me la acaba de inmolar?

LIONI.

De todo abusais.

ESTENO.

A mi edad es inevitable. El abuso de un placer es lo que nos hace amarlo: hay nada mas insoportable que vuestros goces metódicos? Su compasada uniformidad se me figura el monótono vaiven que sentimos surcando las lagunas. Todo es preciso andarlo: en la variedad está el gusto. Vosotros os contentais con un amor: yo necesito pasear el mio desde la esclava de Esmirna hasta la noble Romana, y desde la cortesana mercenaria hasta las hermosuras que ofrecerá esta noche vuestro baile á mis encantados ojos. En el juego del Casino: ó aventuro montes de oro, ó me muero de fastidio. El delicioso vino de Chipre: ó he de enloquecer con él, ó no me sabe á nada. Asi dejo pasar los

:

dias sin contarlos: para qué? la vida me parece un tesoro sin fondo, que no se agota jamas: tras de uno viene otro... ojalá pudiera decir lo mismo del dinero! Ya veis que hablo como filósofo.

LIONI.

Y yo os digo como prudente, que no podeis quedaros aqui.

ESTENO.

Desarrugad ese ceño! guardadlo para el consejo de los Diez. Ved que no está en armonía con el aspecto risueño y brillante de estos salones.

LIONI.

Adulador!

ESTENO.

No hay adorno que, por su elegancia y riqueza, no pruebe el buen gusto y magnificencia de su dueño!

Varios personages, disfrazados ó descubiertos, atraviesan la galería.

LIONI.

Juicio, Esteno...! Ya va entrando gente: yo no debia permitir...

ESTENO.

Bien; pero lo permitís, no es cierto? Yo, que nunca tengo juicio, lo tendré ahora; y vos, que lo teneis siempre, perdedlo un poco por esta noche. Mi despedida de los placeres me va á ser mucho mas amarga en vuestra casa.

UN CRIADO.

El dux. (*Anunciando.*)

LIONI.

Huid: si os llega á ver...

ESTENO.

Disparate! Ya soy invisible. (*Pónese la careta.*)

ESCENA V.

FALIERO. ELENA. FERNANDO. BENINTENDE. LIONI. ISRAEL. SENADORES. NOBLES, etc.

LIONI.

A todos honra mucho la presencia de vuestra alteza; (*Al dux.*) pero á mí, esta noche, me honra mas que á nadie.

FALIERO.

No me honra menos á mí ese profundo respeto, del cual recibo cada dia nuevos testimonios.

LIONI.

Señora, (*A la duquesa.*) desearía que no echáseis menos el palacio que dejais esta noche por mí.

ELENA.

No debeis temerlo.

LIONI.

Qué agradable sorpresa! (*A Fernando.*) Fernando de vuelta!

FERNANDO.

La suerte me ha favorecido: he llegado en buen dia.

LIONI.

Y para darme un placer. (*Dándole la mano.*) Saludo al gefe de los Diez: (*A Benintende, que está en conversacion con el dux.*) mi mayor deseo es que mi fiesta le distraiga un rato de sus altas ocupaciones.

BENINTENDE.

Ocupado en admirar, no podré pensar en otra cosa. (*Continuando con el dux.*) Vos opinias por la paz?

FERNANDO.

Vengo de recorrer muchas cortes, y no he visto fiesta mas suntuosa que la vuestra.

ELENA.

Es voto que debe halagar en quien ha corrido tanto.

LIONI

Bien venidos, señores! (*A los Nobles.*) A Dios, valiente Israel! (*Saludándole.*)

ISRAEL.

Yo he servido con gloria á las órdenes del dux, y podrá protejerme: presentadme á él.

LIONI.

Mucho que sí! (*Llevándolo de la mano.*) Ven.

ELENA.

De quién es este cuadro? (*Mirando un cuadro.*)

LIONI.

De un pintor de Florencia; del Giotto. (*Presentando á Israel, vuelve la cabeza.*)

FALIERO.

Desde hoy tendreis audiencia. (*A Israel.*)

BENINTENDE.

Dónde pasa la escena? (*Mirando el cuadro, mientras Israel habla con el dux.*)

LIONI.

Toma! en Rímini. La hermosa Francisca viendo morir á su amante á manos de su esposo.

ELENA.

Yo tiemblo! (*Aparte.*)

LIONI.

Qué mérito tiene! Mirad, mirad ese marido zeloso cómo amenaza aun á su hermano despues que le ha dado de puñaladas.

BENINTENDE.

A su hermano, ó á su sobrino?

FERNANDO.

Gran Dios! (*Aparte.*)

LIONI.

Hombre, leed el Dante: á su hermano Paolo. (*A la duquesa.*) Qué espresion de muger! no es verdad?

ELENA.

Sí, sublime.

Oyense los primeros compases de un baile veneciano.

LIONI.

Ah! ya rompe la música. (*Al dux.*) Vuestra alteza gusta de pasar al salon del baile?

FALIERO.

Esa no es ya diversion propia de mi edad.

LIONI.

Ya sé vuestro gusto: (*Mostrándole el ajedrez.*) aqui está el juego de los sabios.

FERNANDO.

Aceptais mi mano para la primera cuadrilla? (*A Elena.*)

ELENA.

Otro se ha adelantado ya.

LIONI.

Yo enseñaré el camino. (*Ofreciendo la mano á Elena.*) Hazle compañía. (*A Israel, que se queda con el dux.*)

BENINTENDE.

Contadme algo de lo que dicen de nosotros en las cortes estrangeras. (*A Fernando, yéndose con él.*)

Todos se van, escepto Israel y el dux.

ESCENA VI.

FALIERO. ISRAEL.

Poco á poco se van acercando uno á otro.

FALIERO.

Ya estamos solos.

ISRAEL.

Decidamos de su suerte.

FALIERO.

Qué insultantes miradas!

ISRAEL.

Cerrémosles los ojos para siempre.

FALIERO.

Se hablaban entre sí con un tono de insolencia...!

ISRAEL.

Hagámoslos callar para siempre.

FALIERO.

Qué sonrisas de desprecio!

ISRAEL.

Los labios de un moribundo sonrien sin ofender.

FALIERO.

Podrán interrumpirnos?

Vuelve á empezar la música.

ISRAEL.

Estan entregados al placer. Sin duda presienten su destino, y se apresuran á vivir. No oís el ruido?

FALIERO.

El tiempo vuela para ellos.

ISRAEL.

Y para nosotros tambien. Resolvamos.

FALIERO.

La lista de vuestros gefes?

ISRAEL.

Ahí está. (*Dándole un papel.*)

FALIERO.

Me asombras! Tan seguro te crees de mí, que asi me la entregas?

ISRAEL.

Puedo hacerlo.

FALIERO.

Aqui no hay nombres! (*Abriendo el papel.*)

ISRAEL.

Pero hay títulos; ya veis!

FALIERO.

Que valen bien poco.

ISRAEL.

Mas que pensais.

FALIERO.

"Un pescador, un dálmata, un artesano..!"

ISRAEL.

Qué importa? Cada uno de esos tiene cien amigos que le ayudarán.

FALIERO.

"Un gondolero!"

ISRAEL.

Trescientos; porque le cuento el apoyo de todos sus compañeros, no menos valientes que él.

FALIERO.

Qué harás con un escultor?

ISRAEL.

Es un hombre muy religioso, reputado por santo: hombre muy útil: con él es como si tuviéramos á San Márcos.

FALIERO.

Y estos esclavos?

ISRAEL.

Son muchos.

FALIERO.

Y que os habrán costado mucho oro?

ISRAEL.

No señor: una sola palabra.

FALIERO.

Cuál?

ISRAEL.

Libertad.

FALIERO.

Mas os costarán estos mil condotieros.

ISRAEL.

Nada.

FALIERO.

De veras?

ISRAEL.

Les he prometido...

FALIERO.

Qué?

ISRAEL.

El saqueo.

FALIERO.

Yo rescato á Venecia, y doy por el saqueo...

ISRAEL.

El tesoro?

FALIERO.

Todos mis bienes.

ISRAEL.

Y yo los acepto en su nombre.

FALIERO.

Diez mil! (*Volviéndole la lista.*) Con este número hay que hacerlo todo. Es poco para atacarlos!

ISRAEL.

Pero mucho para sorprenderlos.

FALIERO.

Es cierto: pues por qué no lo haces tú sin mí?

ISRAEL.

Porque si á vos os faltan soldados, á nosotros nos falta un gefe.

FALIERO.

Y me habeis elegido?

ISRAEL.

Para estar seguros de vencer.

FALIERO.

Ha cesado el ruido: (*Poniendo atencion.*) juguemos.

ISRAEL.

Cómo?

FALIERO.

Este ajedrez está dispuesto para mí. (*Haciéndole sentar.*) Que sirva á nuestro proyecto.

ISRAEL.

Estos nuevos conjurados no haya miedo que nos delaten.

FALIERO.

Silencio!

ESCENA VII.

DICHOS. LIONI.

Durante esta escena y la siguiente, unos atraviesan el salon, otros se pasean por la galería, se acercan á las mesas de juego, ponen dinero, lo recogen; en fin, el movimiento de una fiesta.

LIONI.

Vuestra alteza no toma parte en nuestra alegría? (*A Faliero.*)

FALIERO.

Sí, pero huyo del bullicio.

LIONI.

Oh! mi dichoso protegido jugando con su alteza.

FALIERO.

Asi honro á un antiguo soldado. (*Poniendo la mano sobre el hombro de Israel.*)

LIONI.

Muy digno de tal honor.

ISRAEL.

Hoy es un gran dia para mí.

LIONI.

Vuestra alteza debe ganar, porque este juego es imágen de la guerra.

ISRAEL.

Confieso que me he metido en una lucha muy desigual; pero veremos...

LIONI.

Veremos si el marino le gana á su almirante. (*Al dux.*) Vos empezais?

FALIERO.

Y creo que acabaré con gloria.

LIONI.

No puedo ser juez de esta batalla, porque tengo necesidad de estar en el salon: perdonadme...

FALIERO.

Son sagrados los deberes de un amo de casa: id á cumplir con ellos.

LIONI.

Disimuladme... (*Yéndose.*)

ESCENA VIII.

FALIERO. ISRAEL.

Gentes que pasan y juegan en la galería: de cuando en cuando aparece Esteno disfrazado persiguiendo á la duquesa.

ISRAEL.

Jaque al rey.! (*Aparte á Faliero.*) Este es un presagio. Quereis ser rey?

FALIERO.

Para salir de esclavitud?

ISRAEL.

Para librarnos de ella.

FALIERO.

Rey de súbditos felices?

ISRAEL.

Sean ellos libres por vos, y sed vos rey por ellos.

FALIERO.

Yo quiero ver á tus amigos.

ISRAEL.

Y qué garantía me dais de que no peligrarán sus vidas?

FALIERO.

Creo que aceptarán mi palabra.

ISRAEL.

Esa garantía no les basta á ellos.

FALIERO.

No te ha bastado á tí?

ISRAEL.

Sí, pero yo necesito otra para asegurar sus vidas.

FALIERO.

Y cuál es?

ISRAEL.

La vuestra.

FALIERO.

Tú quieres que yo me entregue...?

ISRAEL.

Debo ecsigirlo.

FALIERO.

En tu casa?

ISRAEL.

No: á cielo descubierto. Cuando corro peligro, me gustan sitios abiertos donde pueda desaparecer.

FALIERO.

Qué noche eliges?

ISRAEL.

Esta noche.

FALIERO.

Está oscura.

ISRAEL.

Hermosa oscuridad para un conspirador: no habrá en el cielo una estrella que pueda delatarnos.

FALIERO.

Y en la tierra?

ISRAEL.

Tampoco. Fiad en mi prudencia.—No reveleis esto mas que á uno solo.

FALIERO.

A quién?

ISRAEL.

A vuestro sobrino.

FALIERO.

No: yo iré solo.

ISRAEL.

Por qué?

FALIERO.

Porque quiero que despues de mi muerte viva en él mi nombre.—En qué sitio?

Empieza la música: todos entran en el salon del baile.

ISRAEL.

Junto á San Juan y San Pablo.

FALIERO.

Conspirar sobre las cenizas de mis nobles abuelos, que se alzarán de la tumba para oirme!

ISRAEL.

Entrarán tambien en la conspiracion.

FALIERO.

Y el mas venerado de todos, cuya estátua se eleva

en el pórtico del templo, me verá hacer traicion á mi gloria y á mis ascendientes!

ISRAEL.

Hacer traicion...! qué decis?

FALIERO.

Sí: somos traidores!

ISRAEL.

Lo seremos si ellos vencen; pero si nosotros triunfamos, los que son traidores hoy, serán héroes mañana.

FALIERO.

Estoy dudoso...

ISRAEL.

Ved que es muy tarde.

FALIERO.

Antes de resolverme quiero meditar. Vete; pero aguarda mi respuesta.

ISRAEL.

Vuestra respuesta puede traerme la muerte.

FALIERO.

Decide, pues: la esperas?

ISRAEL.

Vendré yo mismo á buscarla.

ESCENA IX.

FALIERO.

A qué objeto se dirige el negro plan, á cuyo frente voy á ponerme...? En esos acentos de júbilo se me figura escuchar un presagio funesto... para ellos... y para mí tal vez! Ah! no es el peligro lo que me detiene: es el hecho, el hecho solo! Será un bien...? ó será un mal? Yo soy gefe del estado, y voy á cambiar su

faz. Estoy elegido por la nobleza, y voy á aniquilarla. Las leyes estan bajo mi custodia, y voy á destruir las leyes. Y con qué derecho? Los abusos me dan el derecho.—Si el destino me es contrario, quiénes serán mis cómplices...? y si me es propicio, quiénes serán mis iguales? Esos miserables, con cuyas redes ó remos tropezamos al salir cuando estan tendidos, durmiendo á la sombra, en los pórticos de nuestros palacios! Una turba grosera de pescadores y artesanos sacudirá el polvo de sus andrajos para invadir nuestros escaños y gobernar el estado. Esos serán mis consejeros, mi corte, mi senado...! Y los venerables abuelos de nuestros senadores, quiénes fueron...? Pescadores, que se reunieron en estas lagunas. Son menos, por ventura, mis conjurados? Yo los hago ascendientes de la futura nobleza! y si mi sucesor recibe de ellos una afrenta, imitará mi ejemplo destrozando mi obra. Con que, en fin, lo que voy á hacer no es mas que vengarme...? A tí...! vengarte á tí, objeto sagrado de mi amor! Elena, mi fiel compañera, tu protector habia de abandonarte á los que te ofenden...? Ya estan en mis manos: yo castigaré la afrenta... Y si fuese merecida...? si es cierto... ella será mi primera víctima. Horrible duda...! No, no es posible! Ella viene: que hable: sus palabras decidirán de mi suerte y de mis proyectos.

ESCENA X.

FALIERO. ELENA.

ELENA.

Cómo! estais solo? Venid: si os fastidia la fiesta, podemos marcharnos.

FALIERO.

No: me quedo por tí.

ELENA.

Puedo yo divertirme no teniéndoos á mi lado? Me fatiga esa obligacion de oir á todo el mundo, sin escuchar á nadie; esa turba de cortesanos que me abruman con sus galanterías, y pensarian ofenderme si me importunasen menos. Es una verdadera esclavitud! Uno de ellos, que no se ha quitado la máscara, no me pierde de vista, me cansa, me persigue por todas partes.

FALIERO.

Qué te ha dicho? (*Con viveza.*)

ELENA.

Eso no! nada que yo no pueda oir. Pero conozco que os cansa la fiesta, y yo no hago ningun sacrificio en dejarla.

FALIERO.

Tu aversion á los placeres me causa pena... y estrañeza. Tu corazon está dominado por algun pesar. No eres ya feliz, Elena?

ELENA.

Yo, señor!

FALIERO.

Habla.

ELENA.

A vuestro lado, nada me falta para serlo.

FALIERO.

Dime lo que te aflige: es acaso la calumnia? El alma que está inocente la desprecia: por qué ha de afligir á quien no siente remordimientos?

ELENA.

Yo soy feliz.

FALIERO.

No: á pesar de tus esfuerzos, el llanto mal repri-

mido desmiente esas palabras. Tú me engañas.

ELENA.

Oh cielos! (*Aparte.*)

FALIERO.

Vamos: sigue el impulso de tu corazon: ten confianza en este viejo que te ama... y que te va á hacer una pregunta.

ELENA.

Yo tiemblo! (*Aparte.*)

FALIERO.

Yo hubiera deseado ocultarte la duda que me atormenta; pero tengo poderosos motivos para descubrírtela. Hay ocasiones en que una respuesta, una leve palabra, son decisivas; y una palabra tuya va á disponer de mi suerte, de mi vida...

ELENA.

Qué oigo!

FALIERO.

volviéndome la paz que ha huido de mi pecho. Respóndeme: has dado tú acaso motivo con alguna espresion inocente, con alguna lícita confianza, á que tú no dieras valor, alguna sonrisa, alguna mirada, alguna involuntaria preferencia, para que Esteno conciba criminales esperanzas?

ELENA.

Esteno! (*Con viveza.*)

FALIERO.

No: ya lo veo: ese acento me ha convencido. No es verdad que no? Nunca has tenido que combatir la menor inclinacion hácia él... no es cierto...? nunca...?

ELENA.

Yo os lo juro.

FALIERO.

Basta, hija mia, basta...! Ah! no digas mas: un

juramento...! tú esposo no necesitaba tanto.

ELENA.

Pero yo debo...

FALIERO.

Perdonarle una sospecha que te ultraja. Ah! me hubiera muerto de dolor hallándote culpable!

ELENA.

Callemos! (*Aparte.*)

FALIERO.

Momento celestial...! y yo lo esperaba: mi duda se ha desvanecido.

ESCENA XI.

FALIERO. ELENA. FERNANDO. ISRAEL.

ISRAEL.

Cuando os digo que le han visto! (*A Fernando.*)

FERNANDO.

Aqui?

ISRAEL.

Aqui: á él mismo.

FERNANDO.

No le valdrá la máscara.

FALIERO.

A quién? hablad.

ISRAEL.

A Esteno.

FALIERO.

Esteno!

ELENA.

Bien lo sospeché: él era. (*Aparte.*)

FALIERO.

De ese modo respetan mi presencia y los derechos de la hospitalidad!

FERNANDO.

Esto ya es demasiado!

FALIERO.

Pero es posible? Estás seguro de ello?

ISRAEL.

Lo afirmo delante de Dios.

FALIERO.

Lioni lo sabia, y lo ha consentido: se estan burlando de mí...! Ahora caigo: me has dicho que un máscara te perseguia...

ELENA.

Pero yo ignoro...

FALIERO.

Es Esteno.

FERNANDO.

Cielos...! castigad su insolencia.

FALIERO.

Voy á hacer que lo echen con oprobio delante de mí. (*Dirigiéndose al salon.*)

ELENA.

Deteneos.

FALIERO.

Tienes razon: (*Con frialdad.*) no debemos darles queja ninguna; sería en vano! Marchemos.

ISRAEL.

En qué quedamos? (*Aparte al dux.*)

FALIERO.

A las doce. (*Aparte á Israel.*)

ISRAEL.

Allí estaré. (*Yéndose.*)

FALIERO.

Salgamos. No podria dominar aqui mas tiempo el furor que me devora.

ELENA.

No venis con nosotros, Fernando?

FALIERO.

No: despues irá. Quédate, y da un motivo que disculpe mi repentina marcha. Que Lioni particularmente ignore la causa: cuidado! Descanso en tu prudencia. No pienses en ninguna venganza! A Dios.

ESCENA XII.

FERNANDO.

Y no he de beber su sangre...! Mi obediencia en este caso sería criminal. La perseguia...! Ah! cómo tardo en vengarme! cómo tardo en arrancarle la máscara y hacerla pedazos en su cara...! Gente viene. Oh Dios! si fuera él...! No vaya á equivocarme: observaré bien primero: no se me puede escapar. (*Retírase á la galería del fondo.*)

ESCENA XIII.

FERNANDO. ESTENO.

ESTENO.

No hay nadie...! (*Entra con precaucion, y se quita la careta.*) Ah! respiremos! (*Siéntase en un sillon, y abanícase con la careta.*) Qué hermosa duquesa! Yo la he perseguido de muerte: no la he dejado sosegar. (*Mirando la careta.*) Qué magnífica invencion para burlar á un zeloso! Qué noche de placer...! qué confusion! Ah! qué delicioso es el desorden! Pero ya es demasiado: tanto gozar me rinde.

Entran gentes en la galería, se pasean y bailan.

FERNANDO.

Os buscaba, Esteno. (*En voz baja.*)

ESTENO.

A mí.

FERNANDO.

Buscaba á un criminal.

ESTENO.

Decid mas bien un sentenciado que habeis sorprendido por traicion.

FERNANDO.

Cubris vuestro rostro con una máscara, y haceis bien.

ESTENO.

Yo sé todo el respeto que se debe á un dux. (*Se levanta sonriendo.*)

FERNANDO.

No lo sabeis bien; y os lo vengo yo á enseñar.

ESTENO.

Mis jueces han podido hacerlo impunemente; pero otra clase de leccion recibiria su escarmiento.

FERNANDO.

Pues mi justicia quiere daros esa leccion.

ESTENO.

Un duelo?

FERNANDO.

A muerte: ó mi vida, ó la vuestra.

ESTENO.

Ultima rama de los Falieros; tengo mucha seguridad en mi brazo, y respeto un nombre ilustre que moriria con vos.

FERNANDO.

Todo vuestro valor se cifra en insultar á una muger.

ESTENO.

Mas la insulta... quien la defiende con tanto calor.

FERNANDO.

Qué habeis dicho, Esteno?

ESTENO.

La verdad pura.

FERNANDO.

Sería la primera que hubiérais dicho en vuestra vida!

ESTENO.

Esa espresion pide sangre!

FERNANDO.

Mi honor la está reclamando!

ESTENO.

Dónde la verteremos?

FERNANDO.

En cualquier parte, con tal que se vierta.

ESTENO.

En el sitio acostumbrado para estos lances: junto á San Juan y San Pablo.

FERNANDO.

Sí: junto á la estátua de mi abuelo! alli os haré caer á sus plantas.

ESTENO.

Muchos me lo han dicho ya, y ninguno ha podido hacerlo.

FERNANDO.

Pues lo que tantos os han dicho, yo os lo repito ahora; y lo que ellos no han hecho, voy á hacerlo yo.

ESTENO.

A las doce.

FERNANDO.

Ahora mismo.

ESTENO.

Ahora me llama el placer: á las doce cumpliré con el honor.

FERNANDO.

No os distraiga el placer, y os olvideis...

ESTENO.

No: mi compasion hácia vos no se estiende tanto.

FERNANDO.

Es que os lo vendria yo á recordar.

ESTENO.

Procuraré evitaros tanta generosidad. Qué testigos?

FERNANDO.

Para mí, Dios.

ESTENO.

El mismo para entrambos.

FERNANDO.

Esta noche, Esteno, uno de los dos comparecerá en su presencia.

ACTO TERCERO.

La plaza de San Juan y San Pablo: á un lado la iglesia: al otro el canal: una estátua en medio del teatro. Junto al canal una madona alumbrada por una lámpara.

ESCENA PRIMERA.

PIETRO. BERTRAM. ESTROZZI.

Estrozzi aguzando un puñal en el pedestal de la estátua.

PIETRO.

Bertram, á tí se te va la lengua.

BERTRAM.

Cuando me inspira un justo celo, no consulto nunca vuestra humana prudencia.

PIETRO.

Pues yo tengo derecho á quejarme de tu celo, porque en uno de esos raptos puedes enviarme á la gloria antes de lo que yo quisiera.

BERTRAM.

El senador Lioni...

PIETRO.

Le tiemblo hasta cuando perdona.

BERTRAM.

Pietro el gondolero no se fia de nadie.

PIETRO.

Pietro el gondolero, cuando quiere decir algo en

alta voz, no toma por confidentes mas que á los vientos y á las olas.

BERTRAM.

Y siempre mudo como un miembro de los Diez, escepto los dias que se emborracha.

PIETRO.

Es verdad, señor Bertram el devoto; cada uno tiene su flaco; pero por Dios vivo...!

BERTRAM.

No profanes su nombre!

PEITRO.

juro no probarlo hasta salir de nuestra empresa.

ESTROZZI.

A fé de condotiero, que si cumples tu palabra te regalo el collar de oro del primer noble que mate.

PIETRO.

Qué haces ahí, Estrozzi?

ESTROZZI.

Estoy aguzando á los pies de un tirano el puñal que ha de matar á su último descendiente.

PIETRO.

Al dux!

BERTRAM.

Sí; que muera! Dios nos pide su sangre!—El dux Marino Faliero, cuando era podestá en Treviso, furioso una vez porque el obispo tardaba en un dia de procesion, le dió una bofetada, y lo derribó por tierra!—Es un sacrílego: que muera.

PIETRO.

Pues yo le tengo aficion.

ESTROZZI.

Yo... no le aborrezco; pero me pagan porque lo mate como á uno de tantos, y lo mato.

BERTRAM.

Asi comercias con el homicidio y vendes tu valor!

ESTROZZI.

Como Pietro vende sus canciones remando en la góndola: como tú vendes los muñecos que trabajas... tú vives de tu cincel, y yo de mi puñal. Mi ley es el interes: mi objeto el dinero: mi patria donde me pagan; y mi oficio la muerte.

BERTRAM.

Estrozzi! ya te llegará tu dia.

PIETRO.

Vaya; basta de sermones. Sus palacios son para nosotros: yo quiero uno: escojamos.

BERTRAM.

Algunos se han de librar.

PIETRO.

Ninguno! Mira, Bertram, si te creyese tan débil...

BERTRAM.

No es debilidad imitar á Dios, salvando á un inocente.

PIETRO.

Ni uno solo ha de quedar!

ESTROZZI.

Ni uno!

PIETRO.

Guerra á los poderosos!

ESTROZZI.

A su dinero!

PIETRO.

A sus vinos de Grecia y de Italia!

ESTROZZI.

Y respeto á las leyes!

PIETRO.

Repeto al juramento que hemos hecho! Fuera pa-

tricios! Que caigan todos...! y que me vea yo por fin servido en mi gran palacio.

BERTRAM.

Y quién te ha de servir, Pietro?

ESTROZZI.

Toma! el pueblo. Yo creo que es necesario que haya pueblo.

PIETRO.

Yo creo tambien que debe haber pueblo; pero yo no quiero serlo.

BERTRAM.

Con que derribais á los grandes para reemplazarlos...? Pues muerte tambien á los nuevos tiranos!

PIETRO.

Por Satanás...! (*Sacando su puñal.*)

BERTRAM.

Por Dios santo...! (*Sacando el suyo.*)

ESTROZZI.

Bertram! ten tú mas juicio. (*Echándose en medio.*) Reñir...! Dejadlo para cuando se haga el reparto. Vamos á buscar á nuestro gefe que nos ponga en paz.

PIETRO.

Silencio...! Oigo pasos: allá, junto á la orilla... no veis un bulto? (*Aparece el dux envuelto en una capa.*)

ESTROZZI.

Cuánto me das por su silencio? (*En voz baja.*) Ahí está el canal.

BERTRAM.

No: déjate de violencia!

PIETRO.

Bertram no es amigo de sangre.

BERTRAM.

Vámonos. (*A Estrozzi.*)

ESTROZZI.

Vamos; pero ya veremos, como le encuentre aqui á la vuelta. (*Se van.*)

ESCENA II.

FALIERO.

Se acerca á paso lento, y se detiene delante de la iglesia.

Las doce...! Nadie parece todavía; y yo creía sorprenderlos.—Mi nuevo papel empieza: ya me toca á mí esperar. Pronto vendrán mis amigos... Sí, dux; tus amigos! que te darán la mano... Y en qué sitios...! me estremezco! Dos príncipes, abuelos mios, descansan en el recinto de este templo: ese puñado de polvo ganó batallas en otro tiempo! Escuchadme...! alzaos á mi voz; mirad estos cabellos encanecidos por tantas victorias; contad mis honrosas cicatrices, y medid por ellas el castigo que merecen los ingratos! Y tú, cuyo cadáver trageron envuelto en una bandera; tú, vencido por la fortuna en el mismo sitio donde yo la vencí despues, valiente Ordelafo, cuya estátua venero, tiende esa mano de mármol á tu abatida raza...! Sombras de mis abuelos! cuando mi regia tumba me reciba entre vosotras, ya estará vengado el nombre que me habeis transmitido, y pasará sin mancilla á la posteridad!

ESCENA III.

FALIERO. ISRAEL. BERTRAM. PIETRO. ESTROZZI. CONJURADOS.

ISRAEL.

Vamos pronto: aqui es: las doce han dado ya.

ESTROZZI.

Pietro, Bertram y yo llegamos mucho antes; pero como tú no venias...

ISRAEL.

Estan todos presentes?

ESTROZZI.

Todos: menos algunos de los mios que nos estan guardando las espaldas. Gente toda de quien yo respondo.

PIETRO.

Y algunos de mis compañeros, que estan ahí en el canal ocultos en el fondo de sus barcas, y que nos avisarán del menor contratiempo entonando una cancion.

ISRAEL.

Bien! (*A Pietro.*) Nunca dudé de vos. (*Al dux, que está retirado.*)

BERTRAM.

Quién es ese estraño?

FALIERO.

Un protector del pueblo.

ISRAEL.

El sosten de su causa; el que Israel os propone para gefe.

PIETRO.

Quién puede reemplazarte?

ISRAEL.

Otro mas digno que yo.

ESTROZZI.

Su nombre?

FALIERO.

Faliero! (*Adelantándose y descubriéndose.*)

PIETRO.

Es el dux!

TODOS.

A las armas...! traicion!

ESTROZZI.

A ellos! muera tambien el traidor que nos vende!

ISRAEL.

El primero que dé un paso cae á mis pies!

BERTRAM.

Deteneos; aguardad...

FALIERO.

Me admira ese valor, hijo del miedo! Todos con puñal en mano contra un viejo desarmado....! contra su padre...! Para que pueda asustarme un puñal... hijos! la muerte y yo nos hemos visto de muy cerca. Trabajo le habia de costar sorprenderme: ochenta años ha que estoy familiarizado con ella. Me presento solo entre vosotros; y sois vosotros los que temblais! Son estos los valientes de que me hablabas...? esos guerreros de ánimo esforzado, que pretenden purgar la república de esa turba de opresores, abolir el senado, y hundirlo, y sepultarlo...? Y el nombre de un antiguo patricio los hace estremecer! – Que busquen otro gefe tus valientes amigos. Mi sangre aqui la teneis! derramadla: tú, que me amenazabas... tú, que querias matarme... Cualquiera de vosotros...! Se apartan aterrados! Ah! debo haceros justicia: ninguno es tan cobarde que se atreva á intentarlo.

ESTROZZI.

Nos avergüenza, compañeros!

BERTRAM.

Y con razon: antes de juzgarlo, debemos oirlo.

ISRAEL.

Faliero, vuestros soldados estan prontos á escucharos.

FALIERO.

Pues bien: me humillaré á contestarles. – Pretendeis castigar en mí un tirano? Consignada teneis mi larga vida en mil recuerdos indelebles: ecsaminadla toda, dia por dia. Mis victorias...! las aparto á un lado: para asombraros menos, quiero presentaros mi reinado despojado de esos títulos de gloria. – Cuándo os he oprimido? á quién he hecho yo desgraciado? quién puede echarme en cara un acto ilegítimo? Sea mi juez ahora el que haya sido mi víctima, y que me desmienta con el puñal. – Ingratos...! Sí; lo sois: por vosotros me sacrifico: por vuestra libertad me hago criminal! – Juzgadme: soy yo el tirano...? ó sois vosotros los ingratos?

BERTRAM.

Si Dios os ciñera una corona, podriais llegar á serlo.

FALIERO.

Ya os he dicho lo que he sido: voy á deciros lo que quiero ser. Antes de todo, vuestro vengador. Vosotros esponeis la vida: no siempre á ese precio se consigue el triunfo, pero sí la libertad: el que perece gloriosamente, se hace libre por la muerte lo mismo que por la victoria. Ahora bien, la victoria coronará vuestros generosos esfuerzos si yo soy de vuestro partido: compañeros! lo soy. – La campana de San Márcos está á mis órdenes: sonando tres veces, toda Venecia se levanta: sonará. Mis partidarios son muchos: mis vasallos mas aun: yo respondo de ellos. Herid! ahogad en sangre la tirania: Venecia se alzará jóven y libre, y vuestro vengador será entonces vuestro igual. De las ruinas de ese cuerpo caduco, de ese estado ambiguo, de esa república sin pueblo, de esa monarquía sin monarca, de ese fantasma monstruoso...! formemos una patria libre, donde reinen las leyes, donde no haya

mas dignidad que el mérito, ni mas riqueza que el trabajo, ni mas poder que el talento, ni mas nobleza que la virtud...!—Y no penseis que el atractivo del despotismo me haga ambicionar una corona... Cargue el que quiera con ese peso fatal! Yo aspiro á mas alta dignidad: fui príncipe de Rodas, general en Zara, dux en Venecia: pues bien! para no descender de tan altos títulos... me hago ciudadano.

PIETRO.

Eso es pensar con honra! (*Dándole en el hombro.*) (*El dux retrocede por un movimiento involuntario de desden.*) De qué os sorprendeis? Entre iguales...

ISRAEL.

Cómo iguales...? quién te autoriza con ese título para faltar al respeto debido á la virtud?—Vosotros sus iguales...! Qué plaza has sitiado tú? En qué escuadras, en qué ejércitos has combatido?—Aunque prescinda de su cuna, le queda su gloria, y basta para mantener la distancia. Para nosotros siempre será grande; y debe serlo, no tanto por el nombre que ha heredado, como por el nombre que ha adquirido. Sirve sesenta años á Venecia como él la ha servido; espon cien veces por ella tu sangre y tu vida; humilla cien veces á tus pies el pabellon enemigo... y entonces podrás llamarte su igual.

PIETRO.

Pues si mi llaneza le enfada, es aun demasiado noble para gefe popular.

FALIERO.

Yo enfadarme! por qué?—Venga esa mano, y todo se arregla. Consiento en despojarme de un nombre que os desagrada; pero aun me queda otro título que me hace superior á vosotros: mi rencor! Ese no me lo disputareis: quién de los dos ha sido mas ultrajado? Cuan-

do vuestras aclamaciones, al rededor del Bucentauro, saludaban mi nuevo reinado, yo iba pisando flores, respirando inciensos! Esos altivos patricios, prosternados á mis pies, parecian ser mis amigos... Amigos! cómo era posible, si yo era su señor! – Su política desde entonces se dirigió á humillarme: esclavo de mis súbditos, encadenado en mi trono, insultado, me atreví á quejarme, y me despreciaron! – Llegó mi vez: mi brazo se levanta sobre ellos sin piedad, terrible, armado del acero, y ya con un pie en el sepulcro, me detengo para lanzarlos á ellos delante de mí! – En fin, vuestras sospechas me han ofendido: acabemos de una vez. – Me temeis como gefe...! me quereis como soldado? Elegid otro: yo inclinaré en su presencia mi frente octogenaria, y serviré voluntario á sus órdenes: elegidlo: yo juro obedecerlo. A quién de vosotros obedezco?

ISRAEL.

A nosotros toca obedecerte.

BERTRAM.

Yo daré el ejemplo. Vos cometísteis un atentado en el templo de Treviso: espiadlo vengando los altares.

FALIERO.

Seré instrumento de los decretos del Eterno.

ESTROZZI.

Se han hecho promesas á mis soldados: las cumplireis?

FALIERO.

Eso te lo empieza á probar. (*Dándole un bolsillo.*)

PIETRO.

Mis gondoleros morirán por vos!

FALIERO.

Tal habrá que fue gondolero, y será senador.

TODOS.

Viva Faliero!

ISRAEL.

Jurais seguirle?

TODOS.

Lo juramos!

ISRAEL.

Pues él es nuestro gefe! (*Al dux.*) Cuándo dais la señal?

FALIERO.

Al romper el alba.

BERTRAM.

Tan pronto!

FALIERO.

Nunca es pronto en semejantes proyectos. Los resultados penden siempre de la eleccion del momento: la casualidad tiene gran parte en ellos: quitemos, pues, á la casualidad todo lo que pueda quitársele.

BERTRAM.

Pero han de morir todos?

PIETRO.

Entre los escombros de sus palacios.

ISRAEL.

O no se emprende la obra, ó hay que consumarla. Si uno solo se salva, en él revivirán los demas: todos, ó ninguno! Padres, esposos, hermanos... todos! y hasta el hijo sobre el cadáver de su padre!

BERTRAM.

Faliero es nuestro gefe: él debe decidirlo.

ISRAEL.

Decididlo. (*Al dux.*)

FALIERO.

Ah! crueles...! (*Despues de una pausa.*) qué me preguntais? Mi brazo se resignaba á bañarse en sangre;

pero cargar sobre mí solo todo el horror del mandato...! (*A Israel.*) Mándalo tú, tú, que no has sido mas que su víctima; pero yo...! si lo soy ahora, en otro tiempo he sido su amigo! (*Adelántase enternecido, mientras los conjurados esperan con ansia su resolucion.*) Sus penas, sus placeres eran los mios...! Esos antiguos senadores son mis compañeros de armas... mis compañeros de infancia...! Me han sentado á su mesa, han llenado sus copas en honor mio, diciéndonos aquellas espresiones del corazon que nunca se olvidan...! A Dios por siempre, vivos recuerdos de nuestros primeros combates..! Ya no saldrán á recibirme, con muestras de alegría, esos viejos venerables, ofreciéndome cada uno en su frente, regocijada por mi vuelta, un siglo entero de amistad!—Con ellos asesino todas mis ilusiones pasadas y venideras, y me quedo solo en la tierra sin memorias ni esperanzas!

ISRAEL.

Qué es eso! (*Impaciente.*) estais dudoso?

UN GONDOLERO.

Canta dentro.

"Gondolero, el mar te llama;
Ya raya el primer albor."

PIETRO.

Esta es la seña: silencio.

GONDOLERO.

"A Dios, Venecia la bella;
A Dios, mi patria, mi amor!"

ISRAEL.

Un estraño se acerca: que no nos vea reunidos.

GONDOLERO.

"Al dar la vela al viento,
En tí dejo el contento;
Conmigo va el dolor!"

FALIERO.

Aquí volveremos á juntarnos: separémonos, sin alejarnos mucho.

GONDOLERO.

"Oh San Márcos! Oh Madona!
Al gondolero favor!"

Durante los últimos versos, los conjurados desaparecen por un lado. Una góndola llega por el canal, se detiene, y salen de ella Fernando y Esteno.

ESCENA IV.

FERNANDO ESTENO.

FERNANDO.

El momento es favorable: la plaza está desierta. (*Con furor, sacando la espada.*)

ESTENO.

Serenidad, Fernando: por qué os empeñais en morir? (*Con calma.*)

FERNANDO.

Defiéndete.

ESTENO.

Volved en vos, Fernando...! mirad que preveo vuestra suerte!

FERNANDO.

Y yo la tuya!

ESTENO.

Oidme: mi deber es...

FERNANDO.

Morir, ó matarme. En guardia! (*Alzando la espada.*)

ESTENO.

Me forzais á ello! solo trato de defenderme.

FERNANDO.

Al fin tu infame calumnia recibirá su recompensa. (*Riñen.*)

ESTENO.

Estais herido!

FERNANDO.

No.

ESTENO.

Veo correr vuestra sangre!

FERNANDO.

La tuya es la que va á derramarse: muere, cobarde!

ESTENO.

Eso no!

FERNANDO.

Ah...! yo muero...! (*Cayendo en el pedestal de la estátua.*) La fortuna os ha favorecido...

ESTENO.

Yo la maldigo...! pero aguardad...! yo haré...

FERNANDO.

No: dejadme: yo buscaré socorro. Gente viene... (*Con fuerza.*) No quiero nada vuestro...! huid... salvad vuestra vida.

Esteno se aleja: los conjurados aparecen, y se esparcen por la plaza.

ESCENA V.

FERNANDO. FALIERO. ISRAEL. BERTRAM. PIETRO. ESTROZZI. CONJURADOS.

ISRAEL.

Uno de los dos ha caido.

FALIERO.

Esa voz... Corramos... ! esa voz no me es desconocida... ! Él es... ! Fernando... !

FERNANDO.

El dux !

FALIERO.

Maldicion... ! – Hijo mio... ! qué has hecho... ? hijo mio !

FERNANDO.

Y os vuelvo á ver en este momento... ! y muero á vuestros pies .. ! Oh Dios justo !

FALIERO.

Ya adivino qué mano te asesina : ellos son... ellos ! todo me lo han robado ya ! – Pero la muerte de Esteno seguirá á la tuya.

FERNANDO.

No : él se ha portado como valiente.

FALIERO.

Oh víctima querida... ! ven á mi corazon... ! por qué apartas mi mano... ? Hijo mio ! tan cerca de tí, y te he dejado matar... ! mi esperanza ! mi orgullo... ! Y bajarás á la tumba antes que yo... ! y mi nombre contigo !

FERNANDO.

Yo muero... ! no hay remedio... ! no me prodigueis socorros inútiles... un sudor frio inunda mi frente... !

FALIERO.

Qué haces ?

FERNANDO.

Yo quisiera... atreverme... ! Oh Dios ! (*Procurando arrodillarse.*)

FALIERO.

Qué tienes... ? que turbacion es esa... ?

FERNANDO.

Quisiera... hablaros de rodillas... no puedo !

FALIERO.

Aqui, hijo mio...! sobre mi corazon! (*Estrechándole en sus brazos.*)

FERNANDO.

Ah! Perdon...! Padre mio, perdonadme!

FALIERO.

El qué...? ese funesto arrojo...? Ha sido propio de un buen hijo!

FERNANDO.

Perdonadme...! Dios nos está oyendo... voy á comparecer en su presencia... desarmad su enojo!

FALIERO.

Por qué te ha de castigar...? Ya te ha perdonado! Hijo mio, yo te bendigo! En paz suba tu alma desde mi seno paternal al seno del eterno!—No temas su enojo: vas cubierto con mi perdon y mis lágrimas.

FERNANDO.

Padre mio, abrazadme...! Venecia... y tú...! ah...! (*Espira.*)

Un momento de silencio.

ISRAEL.

Dudais todavía? (*Al dux.*)

FALIERO.

Venganza, amigos! (*Levántase, empuñando la espada de Fernando.*) Hé aqui su misma espada: con ella vengaré su muerte...! Venganza...! Al romper el alba, amigos, marchareis por diferentes caminos hácia el pórtico de San Márcos, con el hierro y el fuego, gritando: "Traicion! Salvemos la república! A las armas! Los genoveses estan en el Adriático!"—Al mismo instante sonará la campana de San Márcos, y los nobles, convocados por ella, se dirigirán al consejo, atravesando la plaza, donde los esperan vuestros puñales!—A ellos! estan en nuestro poder: corred, esterminadlos! caigan todos á

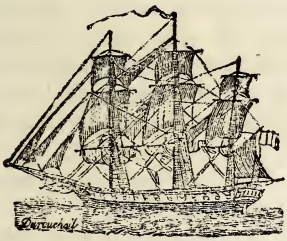
los umbrales de palacio!—(*A Estrozzi.*) Tú, si alguno de ellos escapare, ciérrale el paso del puente de Rialto.—(*A Bertram.*) Tú sorprende el arsenal.—(*A Pietro.*) Tú ocuparás el puerto.—Israel á San Márcos; y yo... yo estaré en todas partes... donde esté la muerte!—Alzad aqui el cadáver de mi hijo: llegad: juradme sobre sus sangrientos restos, jurad á su sombra indignada que no dejareis con vida ni uno solo de sus asesinos...! Por vuestras desgracias, por las mias, por la libertad de la patria, jurad todos conmigo: venganza, amigos!

TODOS.

Escepto Bertram.

Venganza!

Estendiendo las espadas sobre el cadáver de Fernando.



ACTO CUARTO.

El palacio del dux: la misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ELENA. FALIERO.

Elena duerme, sentada junto á una mesa, apoyado el codo en ella.

FALIERO.

Con cuánta lentitud remaban por esos canales desiertos! (*Entrando por el fondo.*) Este viento del mediodia! me ahoga...! me abate...!—Morir tan jóven! cuando ayer le vi saltar en la playa tan gozoso, tan lleno de vida, quién me hubiera dicho que hoy...! (*Viendo á Elena.*) Elena me esperaba, y con su vestido de baile todavía! Sus ojos se han cerrado sin presentir ninguna desgracia...! Dejémosla dormir, puesto que solo ha de abrirlos para derramar lágrimas!

ELENA.

Ay! (*Dormida.*)

FALIERO.

Algun triste sueño la atormenta: ah! nunca será tan triste como la realidad que la aguarda!

ELENA.

Muerto de dolor... haliándote... criminal... (*Soñando.*)

FALIERO.

La sospecha con que la ultrajé ocupa su ima-

ginacion, y turba su sueño! – Querida Elena!

ELENA.

Qué oigo...? (*Dispertando.*) Dónde estoy...? Quién me llama?

FALIERO.

Tu esposo.

ELENA.

Vos...! sois vos!

FALIERO.

Por qué me has aguardado asi...? no te dije que te recogieras?

ELENA.

Cuánto habeis tardado!

FALIERO.

Ha sido preciso.

ELENA.

Al fin estais de vuelta...! Qué tormento me ha causado vuestra ausencia! Estaba tan sobresaltada! No bien oía el ruido de unos remos, me asomaba al balcon, creyendo que os iba á ver: la góndola pasaba, y todo quedaba en calma, menos mi corazon! He visto desaparecer una por una las estrellas del cielo, y confundirse en la oscuridad el bulto de los vecinos palacios... Qué largas son las horas para el que espera en el silencio de la noche! Mil negros presentimientos, que no podia desechar, me hacian estremecer de terror...! por qué, lo ignoro.

FALIERO.

Y aun tiemblas en mis brazos!

ELENA.

Cuándo vendrá la aurora? Su luz consolará mi alma. – Qué funesto sueño..! qué noche...! qué despedida...! Un abismo horrible delante de mí... y mis brazos, impelidos por una fuerza invencible, os arrastraban á

él...! yo me resistia... pero os arrastraba... os arrastraba!—Cuánto he sufrido! un grito salia de la tumba, y me acusaba... Oh felicidad! al fin os veo: todo ha sido un sueño!

FALIERO.

No temas ya.

ELENA.

Qué os ha obligado á separaros de mí?

FALIERO.

Ya lo sabrás.

ELENA.

Tan tarde! con esta oscuridad!

FALIERO.

Era forzoso.

ELENA.

Ni un amigo os acompañaba?

FALIERO.

Nadie.

ELENA.

Ni aun Fernando?

FALIERO.

Dios eterno!

ELENA.

Yo tiemblo...! volveis el rostro!—Cielos...! sangre!

FALIERO.

Ah!

ELENA.

Es vuestra?

FALIERO.

Mia...! ojalá!

ELENA.

Hablad!

FALIERO.

Es de otro...

ELENA.

Seguid... ! De quién ? – Tengo valor para todo. – De quién ?

FALIERO.

No debo ya ocultártelo: en estos mismos brazos... Fernando...

ELENA.

Llorais...! ha muerto.

FALIERO.

Digno de su nombre! por defender una justa causa: la tuya!

ELENA.

Por mí!

FALIERO.

Cerca de nosotros descansa, inmóvil, helado como el mármol, donde he tenido abrazado su cadáver, donde le he bañado con lágrimas, que ya no sentia. Sobre su corazon he hallado esta banda ensangrentada: alguna prenda de amor! (*Sacando la banda de Fernando.*)

ELENA.

Ah... ! (*Arrebatándosela.*) las fuerzas me abandonan... ! objeto funesto, horrible... !

FALIERO.

Ah! qué he hecho yo... ! Perdon, Elena mia... ! no he debido enseñarte...

ELENA.

Sí: este es mi castigo! – Y no me ha acusado al morir... ? al morir por mí... ! Fernando... !

FALIERO.

Lo juro por su sangre derramada! lo juro por la mia! los que causan nuestras desgracias recibirán su galardon.

ELENA.

Noche de horror!

FALIERO.

El dia que va á amanecer será mas horrible.

ELENA.

Sí: el luto y las lágrimas cubrirán este palacio!

FALIERO.

Otros lutos acompañarán al nuestro.

ELENA.

Cómo...!

FALIERO.

La muerte volará por Venecia.

ELENA.

Qué proyecto es ese?

FALIERO.

El senado y los Diez tienen ya la tumba abierta.

ELENA.

Y sois vos?

FALIERO.

Por vengarte.

ELENA.

Vos meditais...

FALIERO.

Su muerte.

ELENA.

Vos!

FALIERO.

Y otros mil brazos armados que se unen al mio para vengar mi afrenta y la tuya.

ELENA.

Cielos! una conspiracion...! Ah! renunciad á un designio cuyo resultado preveo...! No inmoleis á vuestras venganzas á la pobre Venecia...! á Venecia, que ha recibido vuestros juramentos...! á Venecia, que tambien es vuestra esposa... pero fiel, pura, digna de vos...

FALIERO.

Y lo eres tú menos...! son menos sagrados tus derechos?

ELENA.

Pues bien: si soy yo la causa de que espongais vuestra vida... vuestro honor...

FALIERO.

Calla!

ELENA.

Qué iba yo á decir? oh cielos! (*Aparte.*)

FALIERO.

Calla: alguien se acerca.

ESCENA II.

FALIERO. ELENA. VICENZO.

VICENZO.

El señor Lioni pide con urgencia hablar á vuestra alteza...

FALIERO.

A estas horas?

VICENZO.

Ahora mismo, para revelar al dux un secreto importante.

FALIERO.

Lioni!

VICENZO.

Le mando entrar?—Me ha dicho que pende en ello la salud de Venecia.

FALIERO.

Decidme, viene solo?

VICENZO.

Los celadores de noche vienen con él custodiando un preso, que traen á vuestra presencia.

FALIERO.

Le han nombrado?

VICENZO.

Bertram.

FALIERO.

Bertram! (*Aparte.*)

ELENA.

Ese nombre os ha turbado. (*Aparte al dux.*)

FALIERO.

No. (*A Elena.*) Que entren los dos. (*A Vicenzo.*)

ESCENA III.

ELENA. FALIERO.

FALIERO.

Retírate! (*A Elena.*)

ELENA.

Yo me estremezco...! Ese Bertram...

FALIERO.

No temas nada.

ELENA.

Es uno de los conjurados.

FALIERO.

Tranquilízate.

ELENA.

Ah! no puedo...!

FALIERO.

Vais á descubrirme!—Retiraos.

ELENA.

No: ya me tranquilizo.

ESCENA IV.

FALIERO. ELENA. LIONI. BERTRAM.

LIONI.

Señor: (*Al dux.*) una conspiracion nos amenaza: acabo de descubrirla, y vengo... (*Deteniéndose, viendo á Elena.*) Perdonad...!

FALIERO.

Duquesa, retiraos.

ELENA.

Horrible incertidumbre!

ESCENA V.

FALIERO. LIONI. BERTRAM.

FALIERO.

Vamos; qué sabeis? ya os oigo. (*A Lioni con calma.*)

LIONI.

Me habia yo retirado á mi gabinete, despues de concluido el baile, cuando un hombre se presenta en mi casa, y dice que quiere hablarme: mis criados le niegan la entrada; pero él insiste, me avisan, y sabiendo yo que era éste dependiente de mi casa, á quien favorezco y socorro, ha mucho tiempo, le mando entrar! "Si quereis evitar vuestra condenacion eterna, me dice, no salgais mañana." Me quedé sorprendido! y él añadió con lágrimas, y apretándome la mano: "Os debia la vida: estamos pagados. No salgais mañana."—Pero por qué...? Bajó los ojos, inmóvil, turbado, y se obstinó en callar: yo le espiaba con esta mirada penetrante que

sabeis, con la cual leo hasta el fondo del alma: le pregunto, le insto, le ruego, y me dice por fin: "Si la campana de San Márcos da el alarma, no acudais: á Dios." – Entonces le detengo, le hago prender, saltamos en mi góndola, y le traigo aqui para que declare el proyecto al gefe del Estado.

FALIERO.

Y nada mas ha dicho?

LIONI.

A vos os lo dirá todo. Esa conspiracion no puede ser solo contra mí. Si he de dar crédito á mis sospechas, Venecia está en peligro: hacedle, pues, que declare; no hay que perder tiempo.

FALIERO.

Voy á interrogarle. (*Siéntase entre Bertram y Lioni: éste se apoya en el respaldo de su sillon.*) Acercaos: vuestro nombre?

BERTRAM.

Bertram.

LIONI.

Está muy bien quisto: (*Aparte al dux.*) en Rialto le respetan mucho por su devocion: habladle en nombre de Dios.

FALIERO.

Bien. – Bertram, miradme.

BERTRAM.

Señor...

LIONI.

Levanta esos ojos.

FALIERO.

No tengais miedo.

LIONI.

Si no ocultas nada, tendrás tu perdon.

FALIERO.

Yo os lo ofrezco; pero ya sabeis á qué precio.

BERTRAM.

Ya lo sé.

FALIERO.

Entrad en vos mismo, Bertram, y responded, si es que vuestra conciencia os manda romper el silencio.

LIONI.

A quiénes puedes denunciar...

FALIERO.

A qué personas podeis entregar á la muerte...

BELTRAM.

Lo que he hablado, mi deber me lo mandaba.

LIONI.

Acaba.

FALIERO.

Y ahora os manda callar... Es eso lo que quereis decir?

BERTRAM.

Eso mismo.

LIONI.

Dios te prohibe callar un proyecto criminal!

FALIERO.

Qué proyecto es ese?

BERTRAM.

Nada tengo que responder.

LIONI.

Pues tu primer confesion, no prueba...?

BERTRAM.

Una secreta voz me decia: salva á tu bienhechor!

LIONI.

Es á mí al que amenazan?

FALIERO.

A él solo?

LIONI.

Quién es el autor, el gefe de esa conspiracion?

FALIERO.

Hablad.

BERTRAM.

Yo le pido perdon...! Mi intencion era salvaros sin descubrir á ninguno.

LIONI.

Con que tú eres su cómplice?

FALIERO.

Ó lo sabes solamente por voces, por algun rumor vago que ha llegado á tus oidos?

BERTRAM.

Yo no miento nunca.

LIONI.

Entonces, cuál es mi peligro? dí: qué puñal me amenaza? cuándo y cómo deben matarme?

BERTRAM.

Mi deber era avisaros: á vos toca ahora evitarlo: yo he cumplido mi deber.

LIONI.

Y nosotros cumpliremos el nuestro. Ahora veremos si el tormento...

BERTRAM.

Cómo! (*Dirigiéndose al dux.*) y vos...

FALIERO.

Por ahora no usaremos de ese estremo. (*Aparte á Lioni.*) Atemorizándole asi, no nos dirá nada.

LIONI.

Ya parece que cede. (*Aparte al dux.*) – Ya lo oyes: queremos saberlo todo: piensa que Dios te está escuchando!

FALIERO.

Y que castiga al traidor.

BERTRAM.

Infeliz de mí!

LIONI.

Que puedes morir en el tormento, sin que se te conceda un sacerdote en tus últimos instantes!

BERTRAM.

Oh Dios! qué escucho!

FALIERO.

Sí: mañana...

LIONI

No le concedamos ni una hora; no: ni un momento: que declare, ó que muera.

BERTRAM.

No puedo resistir mas!

LIONI.

Habla pues.

BERTRAM.

Hablaré...!

FALIERO.

Cómo...! (*Levantándose.*)

BERTRAM.

Lo diré todo...

LIONI.

Pronto!

BERTRAM.

A vos solo. (*Al dux.*)

FALIERO.

Seguidme. (*Con prontitud.*) Vuelvo. (*A Lioni.*)

ESCENA VI.

LIONI.

Me salva la vida, y se guarda de mí! El dux le

trataba con tanta blandura... Tal vez efecto de su bondad; pero tantas condescendencias me han chocado: que mas hubiera hecho con un patricio? Le interrogaba mal, sin estudio, sin arte: no tiene él este aplomo, este hábito que nosotros tenemos, de ir derechos al objeto, sin lástima ni cólera, y si el caso lo ecsije, apelar al tormento, como á un medio cualquiera, como al camino mas corto para averiguar la verdad.— Pero es cosa que me ha chocado: Bertram temblaba al acercarse al dux, y no ha querido declarar nada sino á él solo: aun se me figura haber notado miradas de inteligencia... Ba! mi costumbre de sospechar! El dux con la edad no tiene fibra, y... Pero cuando Bertram iba á hablar, se puso pálido... Poco á poco: atemos cabos. Yo llego, y contra su costumbre, le encuentro á estas horas levantado: no hay en el dia ningun despacho urgente: qué podia estar haciendo? Al verme se turbó: por mas que quiso disimular, estaba agitado. Él nos aborrece de muerte: si intentará... Oh! no es posible. La duquesa al irse me miraba con terror... Aqui vuelve con semblante de impaciencia: la observaré mejor: yo penetraré hasta el último rincon de su alma.

ESCENA VII.

LIONI. ELENA.

LIONI.

Vuestra alteza me perdonará que haya usado este misterio.

ELENA.

No tengo derecho á escuchar secretos de estado.— Dónde está el dux?

LIONI.

Está ahí dentro, ocupado en un grave asunto. – Puedo lisongearme con que mi fiesta haya agradado á vuestra alteza!

ELENA.

Ha sido magnífica! no la puedo olvidar. (*Aparte.*) Qué estará haciendo? – Está sin duda ocupado con ese preso?

LIONI.

Precisamente. – Qué teneis?

ELENA.

Nada.

LIONI.

Os interesa el preso?

ELENA.

A mí...! por lástima! Me dan compasion los desgraciados. Y la suerte de este...

LIONI.

Será la misma de todos. (*Con indiferencia.*)

ELENA.

Qué ha dicho? (*Aparte.*)

LIONI.

Tiembla! (*Aparte.*)

ELENA.

Tiene otros cómplices?

LIONI.

Y todos morirán juntos. (*Con frialdad.*) Ha declarado tantos!

ELENA.

A vos, señor?

LIONI.

Al dux, que le está interrogando.

ELENA.

Al dux, y sin testigos?

LIONI.

Sin testigos.

ELENA.

Qué dicha! (*Aparte.*)

LIONI.

Esto la tranquiliza. (*Aparte.*) Vuestra alteza se reriró anoche tan pronto. Y el dux, que me manifestó estar tan complacido de mi baile, no le honró mas que un momento.

ELENA.

El trabajo le tiene ya tan rendido... que necesitaba descansar.

LIONI.

Como le he encontrado en pie..

ELENA.

Ciertamente! (*Con prontitud.*) era yo, lo confieso, era yo la que estaba cansada...

LIONI.

Y tambien vos estais levantada: será por hacerle compañía?

ELENA.

Estaba aqui solo, inquieta, esperando...

LIONI.

Que él volviese? Algun negocio urgente le obligó á salir?

ELENA.

No: pero me daba pena el ver que de vuelta del baile se pusiese á trabajar, y se llevase hasta el amanecer... Ya veis, á su edad, un celo semejante es peligroso.

LIONI.

Por supuesto.

ELENA.

Respiro. (*Aparte.*)

LIONI.

Mis sospechas eran fundadas. (*Aparte.*)

ELENA.

Ya viene aqui.

ESCENA VIII.

ELENA. LIONI. FALIERO.

FALIERO.

El preso ha declarado. (*Llevando aparte á Lioni.*)

LIONI.

Y qué se hace, señor?

FALIERO.

Luego... mas tarde reuniré el consejo, y le instruiré yo mismo de todo. Bertram ha bajado ya al puente de los Suspiros: descuidad en mí, y no os mezcleis en nada: yo haré mi deber.

LIONI.

Y yo voy á hacer el mio. (*Aparte, despues de saludarlo.*)

ESCENA IX.

ELENA. FALIERO.

FALIERO.

La victoria es mia!

ELENA.

Mirad en lo que ha estado vuestra vida!

FALIERO.

No importa: ya se ha salvado.

ELENA.

Una sola palabra os hubiera perdido.

FALIERO.

Bertram no la podrá ya decir. Recobra la esperanza!

ELENA.

Cómo podré? la agonía que he sufrido ha acabado con mis fuerzas.

FALIERO.

Aun nos falta una hora!

ELENA.

Un siglo de martirio! cuando tiemblo por vuestra vida.

FALIERO.

Tambien ellos por la suya! A Dios.

ELENA.

Aun persistis?

FALIERO.

O muero yo, ó han de perecer ellos!

ELENA.

Vos morireis! mi terror me lo anuncia! Dios me lo ha revelado! Esa muerte...! esa sangre derramada...! Fernando mismo...! le estoy viendo moverse en la tumba para haceros lugar...! Quereis dejarme sola entre dos sepulcros...? Doleos de mí...! he llorado tanto...! no colmeis mis desgracias...! Ceded; no salgais! no: por compasion! creedme. Tened lástima de mí, de vos, de sesenta años de gloria!

FALIERO.

Mi gloria eres tú: y yo que soy tu esposo, tu defensa; perderé mi honor si muero por el tuyo? Tu honor es lo que voy á vengar!

ELENA.

Mi honor!

FALIERO.

Tú has guardado el mio, y yo debo vengar el tuyo. Si atormentado por tu causa de continuos zelos, hubieran roido mis entrañas las negras sospechas; si avergonzado, arrepentido de haberte sacrificado en tus flo-

ridos años, hubiera hallado en tí una esposa que poco zelosa de mi fama, les hubiera dado ocasion á insolentes hablillas... No, no me verias entonces, con la duda en el alma, lanzarme á la muerte que voy á arrastrar.

ELENA.

Gran Dios!

FALIERO.

No me verias entonces querer borrar con sangre un oprobio merecido, y manchar, por una despreciable muger, un siglo entero de virtud y de gloria. No: partícipe de su vergüenza, ocultaria mi dolor, y no acusaria á nadie mas que á mí.

ELENA.

Qué pronunciais...?

FALIERO.

Pero tú, tú, cuyo honor han osado ultrajar, digno apoyo de este viejo á quien has unido tu suerte, modelo de virtud, angel consolador, mi orgullo, mi tesoro...

ELENA.

Oh tormento!

FALIERO.

Habias de alcanzar el insulto por galardon de una vida sin mancha...? Ah! no me detengas...

ELENA.

Deteneos!

FALIERO.

No te acuerdas de la noche en que tu anciano padre espiró en nuestros brazos? Tú le juraste amarme, honrar mi vejez; y lo has cumplido.

ELENA.

No puedo mas...!

FALIERO.

Yo le juré tambien ser tu amparo, tu defensa hasta el último suspiro: tu padre me lo manda.

ELENA.

No lo creais...!

FALIERO.

Tu padre...

ELENA.

Oidme...! estoy resuelta...

FALIERO.

Él me manda llenar mi deber, cumplir mi juramento, defender á su hija...

ELENA.

Castigarla!

FALIERO.

Cómo?

ELENA.

Vengaos; castigadme. La sangre que él os pide es la mia. Castigadme; vuestro honor lo ecsije; pero á mí, á mí sola! Ese honor, por el cual esponeis vuestra fama, vuestra vida, vuestra gloria... yo lo he perdido!

FALIERO.

Qué escucho...? dónde estoy...? Qué pronuncias...? Quién, vos...?

ELENA.

Soy hija perjura, esposa criminal...! Mi padre, vuestro amor, la fé jurada... todo, sí, todo lo he vendido!

FALIERO.

Venganza sobre tí! — Pero declárame un secreto; tu cómplice?

ELENA.

No ecsiste.

FALIERO.

Elena, tú deliras. Sabes lo que acabas de pronunciar...? Sabes que si es cierto vas á morir?

ELENA.

Matadme!

FALIERO.

Muere! (*Levantando el puñal.*) Ah! qué voy á hacer? Tú temblabas por mi vida... todo lo penetro! No, no: tú te acusas para salvarme. (*Se le cae el puñal de la mano.*) Qué muger criminal sería capaz de tan sublime confesion? Dime que me has engañado, que no eres culpable, dímelo, y renuncio á mi proyecto, renuncio, Elena, háblame... ó ven á mis brazos, ven, y todo se ha acabado!

ELENA.

Ah! no soy digna de ellos...! merezco la muerte: matadme y quedareis vengado: ah! matadme!

FALIERO.

Y el puñal se ha caido de mis manos! y no sucumbo al deshonor, á la vergüenza...! — Gente viene: el deber me llama: la desesperacion ha redoblado mis fuerzas! Ah! son mis conjurados: ellos son! llegó el momento. Firmeza! es preciso vencer.

ESCENA X.

FALIERO. ELENA. VEREZZA. CELADORES DE NOCHE. GUARDIAS.

VEREZZA

Detente. En nombre de los Diez, date á prision, dux, como acusado del crímen de alta traicion.

ELENA.

Ya no hay esperanza!

FALIERO.

Preso yo, tu príncipe!

VEREZZA.

Tú mismo.. He aqui la orden del consejo supremo: obedece. (*Dan las cuatro.*)

FALIERO.

Ah! yo mando aun, y vuestra hora ha llegado! Jueces infames que pensais sentenciarme, la campana de San Márcos os va á entregar á mi venganza. Escúchala! ya va á sonar la señal de vuestro suplicio! Yo desprecio á tu senado, á tus verdugos... y la orden, mírala hecha pedazos.

VEREZZA.

Dux! es vana tu esperanza.

ELENA.

Nada suena!

FALIERO.

Qué silencio!

VEREZZA.

No has podido burlar la vigilancia de los Diez: Bertram ha declarado: todos estan en nuestro poder. No te resistas.

FALIERO.

Todo se acabó...! marchemos.

ELENA.

Yo os seguiré.

FALIERO.

Vos! (*Aparte á Elena, trayéndola á un lado.*) qué lazos os unen á mí...? qué títulos...? tengo yo acaso esposa? No os conozco; no quiero volveros á ver. Pronto voy á dejaros en libertad: no temais que me esfuerce á defender esta pobre vida contra la sentencia mortal, que preveo con placer. – Moriré, Elena; es todo lo que puedo hacer: pero perdonaros, jamas! (*A Elena, que le sigue suplicante.*) No me sigais! (*A Verezza.*) Llevadme.

NB: p. 96-108 missing